

CENIT

— sociología —
ciencia — literatura



Balkansky: Cristo Botev: Una gran figura revolucionaria.—
Pedro Kropotkin: Páginas de oro: Acción económica o política parlamentaria.—El profesor Citicica ha muerto.—Ecos de la vida inglesa: ¿Es mala la moral británica?—**Angel Samblancat:** Taifas como trufas.—
Eugen Relgis: Diez capitales: Una semana vienesa.—**Campio Carpio:** El hombre y su mundo del futuro.—**Francisco Olaya:** El informe Krutchev.—Las grandes purgas.—**Cosme Paules:** La plaga de la mendicación.—
Suno: Microcultura.—**Sebastián Faure:** Frente al público (folletón encuadernable).

AGOSTO
1957

80

Revista Mensual

PRECIO: 80 FR.



NUESTRA PORTADA



CRISTO BOTEV

La gran figura de Cristo Botev es presentada cumplidamente en el interior de este número por nuestro estimado colaborador Balkansky.

«Cénit» se honra reproduciendo en su portada la imagen de este magnífico revolucionario, artífice del movimiento obrero búlgaro y uno de los más grandes poetas eslavos.

En otra parte de este mismo número, en «Poetas de ayer y de hoy», nuestros lectores encontrarán asimismo una poesía de Cristo Botev, entresacada del libro de poemas de Botev traducidos por Paul Eluard y publicados por «Les Editeurs Français Réunis».

Hemos preferido reproducir el texto en francés, porque hemos considerado que una retraducción al español del poema de Botev, destruiría toda su belleza y armonía, pues Eluard, el mismo excelente poeta, ha hecho una versión que conserva al estilo de Botev su riqueza y su ritmo.

Rindamos un recuerdo emocionado a este hombre, muerto por la reacción a los 27 años, cuando aún su talento no había dado ni la mitad de sus frutos y agreguemos su nombre y su figura a la legión de los que han caído por la libertad y la justicia en el mundo y que constituyen el tesoro moral de la humanidad, sus fuerzas impulsoras, su vanguardia y su gloria.

CENIT

REVISTA MENSUAL

DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Secretaría de Redacción: Federica MONTSENY.

Colaboradores: José Peirats, Felipe Alaiz, Vladimiro Muñoz, Eusebio C. Carbó, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina, Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán Desiré, Doctor Juan Lazarte, Renée Lambert, A. Prudhommeaux.

Precios de suscripción: Francia, 204 francos trimestre; Exterior, 240 francos.

Número suelto, 80 francos.

Paqueteros, 15 por 100 de descuento a partir de cinco ejemplares.

Giros: «CNT», hebdomadaire. C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute-Garonne).

CRISTO BOTEV

UNA GRAN FIGURA REVOLUCIONARIA

(7 ENERO 1841 - 2 JUNIO 1876)



El más gran poeta búlgaro es a la vez el precursor, el primer representante del anarquismo en Bulgaria. Su vida agitada, sus luchas, su obra y su sacrificio supremo, propio de un revolucionario de élite, sirven de ejemplo e ilustran para conocer el carácter y la misma historia de este pequeño pueblo inquieto. A través suyo se llegan a comprender algunos

rasgos particulares del movimiento anarquista búlgaro, desde sus comienzos hasta nuestros días. Pero para introducir al lector extranjero dentro del tema y para situar la actividad revolucionaria de Botev, sería útil trazar ante todo en algunas palabras el cuadro histórico dentro del que ella se desarrolló.

El pueblo búlgaro, cuya historia sólo se inaugura en 769, cayó bajo la dominación turca en 1393 y estuvo bajo este yugo hasta 1878. Pero no se resignó jamás y no cesó de luchar durante estos cinco siglos, tenazmente, a fin de salvaguardar su idioma, sus tradiciones, su nacionalidad y para reconquistar su independencia. La primera forma de lucha—la más primitiva y por así decirlo instintiva—fue la revuelta individual que dió nacimiento al movimiento de los haïdouks. La palabra haïdouk es turca y significa bandido. Los rebeldes haïdouks realizaron acciones vengativas contra los dominadores y los que con ellos colaboraban por razones con frecuencia de carácter individual, sin motivo político visible, colocándose así fuera de la ley y refugiándose en la montaña para entregarse al banditaje sistemático, que revestía ya un carácter semi-político.

La revolución francesa provocó, como se sabe, a principios del siglo XIX, una oleada de movimientos de liberación nacional en toda Europa. El imperio turco, ya en decadencia, no escapó a ella. Por todas partes estallaron insurrecciones. La Rumania, que gozaba ya de cierta in-

dependencia, fué secundada por Grecia y Serbia. En Bulgaria las sacudidas se hicieron sentir por los años 30 y 40. Se trató sobre todo de insurrecciones campesinas. Hacia esa misma época, el artesanado empezó a prosperar y a estabilizarse. En las aglomeraciones, sobre las vertientes de las montañas, surgieron ciudades que se convirtieron, por su espíritu libre y emprendedor, en la cuna de la liberación nacional. Botev nació en una de estas pequeñas ciudades vivaces y florecientes.

Ciertas circunstancias históricas debieron imprimir un carácter social a este movimiento nacional. Los turcos, desde su instalación en los Balkanes, prefirieron reducir el contacto directo con la población, en tanto que ocupantes. Así, para todo lo que concernía a los problemas espirituales y religiosos, cedieron su poder a la Iglesia bizantina, que estableció a su vez su dominación sobre el pueblo búlgaro. Ella transformó la distribución de los puestos eclesiásticos en verdadero comercio que pesaba materialmente sobre el pueblo. Para las relaciones civiles y políticas, los turcos crearon una categoría especial de intermediarios búlgaros llamados «tchorbadgii» (1) que desempeñaron el papel de dobles representantes de las autoridades ante la población, y de la población ante las autoridades ocupantes. Los «tchorbadjii» se enriquecían rápidamente, abusando de su situación privilegiada y se mostraron con frecuencia peores que los turcos. De esta forma, el imperio turco creó una clase semi-feudal. Por ello, la lucha del pueblo búlgaro debía dirigirse contra tres enemigos principales: la oligarquía turca, el clero bizantino y los caciques búlgaros. Hecho curioso, los intereses del pueblo búlgaro coincidieron con frecuencia con los del pequeño pueblo turco, lo que contribuyó considerablemente a formar el espíritu internacionalista que

(1) Tchorbadgii puede identificarse con cacique.

caracterizó más o menos a todos los combatientes por la liberación nacional.

El movimiento nacional-revolucionario búlgaro tuvo tres grandes figuras: Rakowski, Lewski y Botev. El primero es considerado con razón el patriarca de la revolución nacional. Erudito, escritor de gran valor y de vasta cultura, Rakowski fué el promotor de la idea de liberación nacional organizada en el exterior por la introducción de grandes formaciones de partidarios bien armados y equipados. Esta táctica encontró su aplicación por los años 60 del siglo pasado. Lewski, hombre del pueblo, organizador y revolucionario nato, fué el primero que desarrolló la idea de una revolución popular en el país mismo, y consagró todas sus fuerzas a organizarla. Recorrió a pie el país durante siete años y creó organizaciones locales llamadas comités revolucionarios en todas las localidades importantes, terminando su hazaña en el patíbulo en 1873, convirtiéndose en el símbolo de la revolución indomable. Botev, su más próximo amigo y compañero, se convirtió en el ideólogo de esta revolución y en su representante más célebre, dándole un carácter profundamente social.

Cristo Botev nació el 7 de enero de 1849 en Kalofer, una de esas villas «repúblicas» del Valle de las Rosas entre las dos montañas: el Balkan y el Fredna-Gora que dieron refugio, a lo largo de la historia del pueblo búlgaro, a los haidouks y a los combatientes de la libertad. Su padre, maestro y director de Escuela primaria, era un hombre de gran cultura para su época. Su madre fué notable por sus dones naturales. Conocía de memoria y cantaba admirablemente más de cuatrocientos cantos populares.

Botev recibió de su padre su primera educación. Estudió el griego, el ruso y el francés. Después de la escuela primaria, partió en 1863 hacia Odessa (Rusia), donde se inscribió en el segundo liceo clásico y, gracias a las relaciones de su padre, obtuvo una beca del gobierno ruso.

Su espíritu había recibido el primer alimento revolucionario a través de las leyendas de los haidouks heroicos que cantaba su madre. Así preparado, se abrió fácilmente a la influencia de las ideas revolucionarias que circulaban ya en Rusia y se expresaban en los cenáculos clandestinos. Leyó a Tchernichewski, a Belinski, a Dobrolubov y a otros escritores revolucionarios que entusiasmaban a la juventud rusa, poniéndose en contacto con el movimiento clandestino. Las autoridades, informadas sobre sus relaciones, le retiraron la beca y lo excluyeron de la escuela en 1865. Estuvo en Odessa hasta el otoño de 1866 y habitó con una familia de revolucionarios polacos. Privado de medios de subsistencia, partió para Besarabia y se empleó como maestro en un pueblo búlgaro constituido por antiguos refugiados de Sliven, después de la insurrección de 1829. Durante el invierno de 1867, su padre cayó enfermo y él fué llamado para reemplazarle en la escuela. Regresó por la primavera y se puso a trabajar. Pero, profundamente penetrado por las nuevas ideas que había traído de Rusia, espíritu inquieto y rebelde, el joven Botev difícilmente pudo permanecer inadvertido por los caciques locales. Se puso en contacto con los haidouks de las montañas, mostrando en la elección de sus amigos, una preferencia por los pobres y reuniendo a los jóvenes para enseñarles «el nuevo evangelio». El 24 de mayo, día de Cirilo y Metodio,

gran fiesta nacional de las escuelas, pronunció un discurso fogoso, atacando violentamente a las autoridades turcas, a los tchobardjiis, a la Iglesia e incluso a los maestros que se ponían a su servicio. Su situación se hizo imposible. Su padre, ya restablecido, se apresuró a enviarle de nuevo a Rusia.

Botev abandonó Kalofer en septiembre de 1867, pero en lugar de dirigirse a Rusia, se fué a Rumania, gran centro de la emigración política búlgara. Allí residió nueve años, llevando una vida dura de privaciones y de actividad enteramente consagrada a la revolución.

Estuvo algún tiempo en Giurgevo, donde estableció por primera vez contacto con los insurrectos. En el curso de 1868, trabajó como tipógrafo en Braïla, pasando después a Bucarest, donde, sin trabajo ni medios de subsistencia, enteramente absorbido por una actividad febril, habitó en un molino desierto en los alrededores de la capital rumana, teniendo por compañero por algún tiempo a Lewski.

En 1869 y 70, colaboró en el diario humorístico «Taa-pan» («Tambor»). En la primavera de 1869, estuvo como maestro en la escuela búlgara de Alexandrovo y pasó el verano en Ismail, cerca de la frontera rusa, continuando allí como maestro hasta finales de 1870. Es allí donde recibió la visita del famoso revolucionario ruso Sergio Netchaev, viniendo de la casa de Bakunin en Ginebra y dirigiéndose clandestinamente a Rusia. Habitaron juntos y Botev se prestó a servir de intermediario para el paso clandestino de las publicaciones revolucionarias hacia Rusia.

En la primavera de 1871, fundó en Galatz el primer grupo libertario, compuesto de búlgaros y de rumanos, y saludó, en nombre de este grupo, la proclamación de la «Commune de Paris» con este telegrama: «Paris—Comité de la Commune—Saludos fraternales y cordiales de la Commune búlgara—¡Viva la Commune!»

Trasladándose al poco tiempo a Bolgrad y a Braïla, empezó a publicar el 1 de junio de 1871 el diario «La Voz de los exilados búlgaros», del que sólo se publicaron cinco números, pero que, por su contenido, marcaron una época. En 1872, habitó de nuevo en Galatz; frecuentado por muchos revolucionarios rusos, fué detenido y pasó algunos meses en las cárceles rumanas. En el momento de su detención, la policía encontró en su casa el «Catecismo Revolucionario», de Bakunin.

En esta época aparecieron sucesivamente los diarios: «Libertad» e «Independencia», en los que Botev colaboró regularmente. Cuando el segundo dejó de publicarse en octubre de 1874, Botev no tardó en publicar otro: «Znamé» («La Bandera») que tuvo mejor suerte, apareciendo hasta agosto 1875: 27 números, en los cuales Botev se mostró en toda su madurez como publicista, escritor político y hombre público. Durante este período, publicó también un diario humorístico: «Boudilnik» («El Despertar»), 1873.

Pero sus dificultades materiales iban siempre en aumento. Su padre murió y su madre se reunió a él con sus tres hermanos, dos de los cuales niños todavía. Además, en 1875 se casó (matrimonio civil, cosa muy rara en la época, sobre todo tratándose, como se trataba, de una parenta de obispo) y tuvo un hijo.

Por otra parte, los acontecimientos se precipitaban y la esperanza de una liberación próxima aumentaba. Una insurrección en Stara-Zaigora organizada desde el exte-

rrior fracasó. Pero estalló otra gran insurrección en Bosnia y Herzegovina. Botev, que estaba ya a la cabeza del Comité revolucionario de Bucarest y que percibió claramente el sentido de los acontecimientos, empleó todas sus energías en preparar precipitadamente un amplio movimiento insurreccional en Bulgaria, en vista de conseguir la liberación definitiva del país, según los consejos y las previsiones de Bakunin. Aquí conviene precisar un hecho importante:

En 1869, cuando se formó el Comité revolucionario de Eucarest, se decidió enviar una delegación cerca de los revolucionarios de renombre de Europa: Herten, Bakunin, Mazzini y Garibaldi, para pedirles consejo. La delegación, compuesta por Rainov y Grablev, fué calurosamente recibida en Ginebra por Bakunin. Este elaboró para ellos el propio programa del Comité Revolucionario. Modificado en su contenido ideológico, fué votado y aceptado. En su redacción definitiva, este programa fué publicado por Bakunin en el primer periódico anarquista ruso: «Naradnoie Delo» («La causa del pueblo») que empezó a publicarse en ese mismo año en Ginebra.

En el curso de esa conversación, Bakunin expresó su criterio de que la liberación de Bulgaria sólo se realizaría a consecuencia de una insurrección general del país —opinión concordante con las concepciones de Lewski y de Botev— que debía sostenerse por lo menos durante algunos meses—tiempo necesario para hacer estallar las contradicciones ya maduras entre las grandes potencias. En efecto, el imperio otomano iba rápidamente hacia su hundimiento; las potencias europeas se disputaban su herencia, particularmente ambicionada por Rusia. Francia e Inglaterra, temiendo el reforzamiento de las posiciones rusas, preferían, por el contrario, mantener el equilibrio y sostenían moral y diplomáticamente a Turquía. Así pues, la insurrección preconizada por Bakunin debía justamente trastornar este equilibrio. Este consejo fué captado y nunca olvidado.

La insurrección, querida y preparada, estalló en abril de 1876 en el sur del país. Tomó una gran extensión, pero, sin embargo, ahogada en sangre, no pudo resistir mucho tiempo. Hacia fines de mayo, algunos centros se mantenían todavía en el norte, en la región de Tirnovo. Fué preciso correr en ayuda de los insurrectos del exterior. Botev juzgó que la hora del esfuerzo supremo había llegado. Desde fines de agosto de 1875, había estado absorbido por la preparación de la insurrección, habiendo debido incluso abandonar su diario. Efectuó un viaje relámpago a Rusia a fin de buscar medios materiales e incluso, con un pasaporte ruso, estuvo en Estambul.

El 15 de mayo de 1876, lanzó a la calle un nuevo periódico: «La Nueva Bulgaria»—del que sólo pudo redactar el primer número, pues algunos días más tarde ya estaba a la cabeza de una compañía de 200 insurrectos que se embarcaron desde diferentes puertos rumanos sobre el barco austro-húngaro «Radeztki». Disfrazados de jardineros para no ser reconocidos, pudieron introducir dentro de cajas las armas y las municiones. En un momento determinado, cuando estuvieron todos y mediante una señal convenida, se armaron en un abrir y cerrar de ojos y se apoderaron del barco, obligando al capitán a acostar en Kozlodovi, punto previsto sin puerto. Dirigiéndose inmediatamente hacia el Balkan, según el plan preestablecido, y pensando siempre en el consejo de Bakunin, procuraron sostenerse allí, guardándose una retaguardia segura del lado de Serbia. Lo consiguieron mientras combatían. Pero la insurrección prevista de la región vecina de Vratza fué abortada por medidas preventivas de las autoridades y los insurrectos debieron resistir a grandes concentraciones de tropas que sobrepasaban enormemente sus posibilidades. Algunas jornadas de combates agotadores se terminaron con el aplastamiento de la compañía. El propio Botev cayó, con la frente atravesada por una bala. El 2 de junio de 1876, exactamente como había previsto su visión poética en uno de sus más hermosos versos.

La más grande insurrección búlgara había sido aplastada, pero el espíritu revolucionario del pueblo estaba ya muy despierto para ser ahogado. Por otra parte, el imperio turco, había llegado al final de su proceso de descomposición. Al año siguiente, Rusia entró en guerra contra Turquía y esto dió lugar a otro levantamiento popular, que se extendió por el conjunto del país. Así, Bulgaria vió realizarse, en 1877, su liberación nacional, reconocida en 1878.

**

Estas breves y escuetas notas sobre la vida de Botev, dan insuficientemente la medida de su valor revolucionario y humano; su obra de gran poeta—del más gran poeta búlgaro—tampoco puede apreciarse a través de ellas. Por lo demás, el mejor de sus poemas fué su propia vida, donde palabras y actos se unían en perfecta armonía, de la que el apoteosis fué su sacrificio sobre las rocas del Balkan. Lo que hace indefectible su inmortalidad, es aún su ideal social, al cual se entregó sin límites. Las concepciones de Botev se formaron en el curso de una vida breve y agitada. Sus vastos conocimientos le han colocado a la vanguardia del progreso y se anticipó de un siglo a sus contemporáneos. En tanto que revolucionario, su formación empezó en Rusia ya a la edad de quince años. Conoció las ideas avanzadas de todos los escritores de la época. Durante su estancia en Rumania, recibió regularmente las publicaciones de Herten y las de la Federación Jurasiana y tuvo relaciones directas con los familiares de Bakunin. Ralli, uno de los secretarios de Bakunin, habitó cierto tiempo con él en Bucarest. Otro de los más allegados discípulos de Bakunin, el Dr. Sondzilowski, fué camarada de clase suyo y con él tuvo siempre relaciones seguidas. En una carta del 12 de abril de 1875, Botev escribía a uno de sus amigos: «Una noticia: los socialistas rusos de Londres y de Zurich me llaman y me piden acepte ser su intermediario. Nos proponen el intercambio de propagandistas, de pasaportes, etc. «Nosotros estamos dispuestos a ayudaros moral y físicamente—me escribe uno de mis antiguos camaradas de clase, Sondzilowski (1). Le he contestado que aceptaba ser su intermediario por los libros y que, en lo que se refiere al resto, debo esperar decisiones de nuestra reunión.»

Gracias a sus relaciones y al estudio de los escritos que él leía, reforzado por su propia experiencia revolucio-

(1) Sondzilowski vivió durante un cierto tiempo en Bucarest, en 1876 y después de la liberación de Bulgaria se instaló en Plovdiv, contribuyendo directamente a la formación del movimiento anarquista búlgaro a la vez que ejercía una gran influencia sobre la inteligencia búlgara. Creo que murió por los alrededores de 1930 en las islas Filipinas.

PAGINAS DE ORO

ACCION ECONOMICA O POLITICA PARLAMENTARIA



RECORDAMOS una vez más la esencia de las ideas en que se inspiraba el proletariado internacional, al producirse su despertar en los años 1866-1870.

Después de haberse persuadido, durante la revolución de 1848, de que los burgueses, incluso los más radicales, no tenían la intención ni la capacidad de resolver el problema social y que no retrocederían ante las masacres en masa, para impedir que los proletarios llegasen a ellos por vía revolucionaria; después de haberse convencido de que el cesarismo, en el que cierto número de proletarios tuvieron confianza, no haría ni podría hacer otra cosa diferente que la burguesía; después, en fin, de haber comprendido la debilidad del proletariado, mientras no se uniera en torno de una idea general ni elaborara por sí mismo una concepción neta de la solución a aportar al problema social, los trabajadores, inteligentes, llegaron a las siguientes conclusiones: Primera, organizarse por oficios internacionalmente, para conducir una lucha vigorosa, directa, contra los capitalistas en el taller, la fábrica, el tajo, por medio de la huelga o por otro procedimiento a su alcance. Segunda, estudiar, en cada grupo o federación, municipal, regional, nacional, las diversas soluciones del problema social, proponiéndose como finalidad la transmisión de la tierra y de todos los medios de producción y de cambio.

aria, Botev formó sus concepciones que, a través de su obra poética y de sus artículos numerosos y variados, constituyen tres volúmenes y le presentan como el primer libertario de Bulgaria. Esquemáticamente, sus concepciones pueden ser sintetizadas en algunos puntos:

1. — Negación de Dios y de todo lo que con él se relaciona: religión, Iglesia, clero.
2. — Negación del Estado: sus bases y sus instituciones: autoridad, tiranía, sumisión, servilismo, instinto gregario, centralismo, violencia, jerarquía, leyes, gobierno, parlamentarismo, militarismo, nacionalismo.
3. — Negación de la propiedad: sus fuentes de origen y sus instrumentos: privilegios, explotación, capital, clases.
4. — Socialismo libertario, con sus rasgos distintivos: libertad, solidaridad, igualdad, justicia, federalismo, internacionalismo, comunismo.
5. — Medios de realización: educación, libre iniciativa, organización, federación, acción directa, insurrección, revolución popular y social.

Trad.: F. M.
(Terminará.)

BALKANSKY

Despertar así en la masa obrera la conciencia de sus intereses y de su fuerza; hacerle comprender la necesidad, para la humanidad entera, de una revolución profunda que restituyese a la sociedad el inmenso capital acumulado en el curso de los siglos por el trabajo de todos; estudiar, entre trabajadores mismos, los medios de realizar ésta inmensa evolución económica que Francia intentó ensayar por medio de sus Comunas y sus secciones en 1793 y, más tarde, con el apoyo del Estado, en 1848.

Tal era el problema que se dibujaba vagamente, quizá, pero que se perfilaba ya en la conciencia de los obreros de los países latinos y de Inglaterra.

La Revolución de 1848, seguida por el imperio de Napoleón III, y el movimiento owenista en Inglaterra, seguido del egoísmo burgués del cartismo, habían abierto los ojos a buen número de proletarios.

Antes de 1848, la esperanza de los trabajadores había sido despertada por la propaganda socialista saint-simoniana y fourierista en Francia; owenista en Inglaterra.

Este despertar representaba una verdadera fuerza, tanto más teniendo en cuenta que la prensa diaria burguesa de entonces no había alcanzado la extensión que tiene hoy día y que el socialismo anterior a 1848—más amplio, más humanitario y mucho más profundo que el capitalismo de Estado y la metafísica sociológica predicadas hoy bajo la etiqueta de socialismo—tenía una influencia mucho más fuerte entre los intelectuales de la época. Que se recuerde solamente a Eugenio Sué, a George Sand, al espíritu socialista y populista que dominaba en la literatura de la época del romanticismo.

Así, cuando llegaron las jornadas de febrero, fueron las blusas azules las que derribaron la vistosa burguesía parlamentaria. Y, durante tres meses, los espíritus avanzados de Europa entera siguieron inquietos, el curso de los trabajos de la Comisión obrera de Luxemburgo, esperando aprender de ella las bases prácticas de la gran reforma social.

Todo esto terminó, como se sabe, en la impotencia de Luxemburgo, en las masacres de junio, en la persecución alocada del socialismo por el terror azul de la burguesía...

Después de todo esto, puede verse todavía la impotencia, la incapacidad del parlamento republicano, elegido en 1849, que contaba con más de 120 representantes socialdemócratas, enviados por más de dos millones de voces: todo ello, para terminar en el cesarismo. Con el apoyo, digámoslo, y sobre todo con el dejar hacer de una gran parte del socialismo, después que los elementos revolucionarios fueron masacrados o paralizados durante y después de la derrota del proletariado en junio de 1848.

Presidente primero, emperador más tarde, Napoleón III,

después de haber hecho fusilar y deportar a los republicanos, prometía a su vez la abolición del proletariado y terminaba en el fango de Compiègne.

La Europa pensante comprendió el sentido de estas dos terribles lecciones.

Entonces, naturalmente, se impuso una conclusión:

No había que contar para nada con los burgueses, radicales u otros. Su tiempo había pasado. Ahora, incluso los mejor intencionados de entre ellos, estarían solos, los unos; serían peligrosos, los otros, si los trabajadores no tomaban en sus manos la emancipación social. Para esto, se precisaba una amplia, poderosa organización obrera.

La emancipación de los trabajadores debe ser la obra de los trabajadores mismos, proclamó la Internacional.

Y es la liberación económica, directa, lo que hay que perseguir como objetivo, añadían los franceses, que habían ya hecho la experiencia de la república radical, en 1848 «Por la República a la Revolución social», es un engaño. Se hará la revolución social, o, por lo menos, un comienzo de revolución social, o bien sólo tendrá de República el nombre.

Esto sentado en principio, los trabajadores debían hacer ante todo, banda aparte. Ciertamente, los grandes principios de libertad, de igualdad, de fraternidad, proclamados en 1789, continuaban siendo verdaderos para los trabajadores, como para todas las otras clases de la sociedad; esto no hay que olvidarlo nunca. Sacrificar estos principios para dar el poder a un salvador socialista, como se había pensado algunas veces antes del golpe de Estado de diciembre de 1851, sería un crimen, decían sobre todo los franceses, que ya no creían en el cesarismo.

Las pocas libertades adquiridas a costa de tanta sangre derramada, eran una herencia preciosa, doblemente querida para el obrero; una herencia que debe ser siempre acrecentada, sin dejarla jamás disminuir. Pero, con esto, no debe olvidarse tampoco que aquellos que producen toda la riqueza social tienen mil intereses que les son propios. La fábrica, el tajo, el taller, la mina, es todo un mundo, íntimamente ligado sin duda a la estructura política de la sociedad, pero un mundo aparte. El interés que en él domina, son las relaciones entre el capital y el trabajo. Es la organización íntima de estas inmensas tres ramas que constituyen la esencia de toda sociedad: el consumo, el cambio de los productos y la producción de las riquezas. Y sólo los que producen estas riquezas, son los únicos capaces de decir su palabra sobre cuanto concierne a esta inmensa organización.

Más que esto, puesto que Capital y Trabajo son dos campos hostiles, en lucha continua: el uno por reducir el trabajo a la sumisión; el otro por liberarse del yugo del capitalismo; el trabajo debe, por sí mismo, organizar sus fuerzas, lo que sólo puede hacer permaneciendo sobre el terreno de lucha que le es propio.

Y cuando se sienta con fuerza de imponer sus condiciones al capital deberá hacerlo, no con el sombrero en la mano pidiendo su admisión en los parlamentos capitalistas. Deberá hacerlo corporativamente, tratando de igual a igual con el poder constituido por el capitalismo. «Como los proletarios que se retiraron sobre el Monte Aventino», se decía con frecuencia en esta época en la Internacional. Conscientes de la fuerza que les dará una concepción inteligente de lo que quieren, los trabajadores plantearán a los capitalistas las condiciones que querrán, y se les harán aceptar.

Por otra parte el Parlamento no es el lugar donde se pueda discutir, con mínima probabilidad de éxito, los mil proble-

mas que surgen de las relaciones entre el capital y el trabajo.

Leímos el otro día que los mineros del Norte de Inglaterra, más de cien mil personas, iban a declarar la huelga contra la ley de las ocho horas, votada por el Parlamento inglés. Y esto nos recuerda una frase muy justa del viejo Gladstone, cuando le pidieron que presentase la ley sobre las ocho horas al Parlamento: «Vacilo en hacerlo, dijo, hasta que los obreros ingleses discutan bien el asunto y se pongan de acuerdo sobre él. Si llegan a ello, que me lo digan, y entonces les prometo que me pondré enteramente a su disposición para hacer aprobar la ley».

Esta respuesta era más profunda de lo que entonces pudo suponerse. En efecto, no era el Parlamento donde debía discutirse si la jornada de ocho horas debía ser legal para todos. Si los trabajadores, o aunque sólo fuese una fuerte mayoría de trabajadores, se ponían de acuerdo para imponer la jornada de ocho horas a los patronos, la jornada de ocho horas se convertía en un hecho consumado.

Pero la jornada legal representaba un doble peligro. Primero porque una parte de obreros—particularmente los mineros de Durhans—trabajaban ya menos de ocho horas; después, una vez legalizada, la jornada de ocho horas sería pronto obligatoria para los trabajadores. Nadie se atrevería a trabajar menos. En efecto, los conservadores, como John Gorts, que flirteaban con los políticos socialistas, lo han dicho abiertamente. Si el Estado impone la jornada de ocho horas a los patronos, la impondrá también a los obreros. Es lo que siempre ha hecho que numerosas uniones de oficios ingleses resistiesen a toda intervención protectora del Estado y rechazasen su patronato.

Los jueces ingleses que acaban de rehusar a las Trades Unions el derecho de ser puestas bajo la tutela del Estado, han conseguido por lo menos volver el pensamiento de la sociedad entera a estas ideas generales: No hay sociedad libre, sin que el individuo sea libre.

No hay libertad política posible, mientras la liberación económica del explotado no vaya de consuno con la liberación política. Jamás la liberación se producirá, si desde hoy mismo el individuo, el grupo, la unión obrera, la ciudad, no procuran libertarse ellos mismos, por la revuelta contra sus opresores; si no se toman ellos mismos, incesantemente, algunas libertades y si no saben guardarlas contra los opresores. Nunca llegaremos a una revolución social, si los espíritus no comienzan hoy mismo a libertarse del prejuicio gubernamental.

Se comprende ahora cómo la corriente tradeunionista inglesa, aleccionada por su experiencia económica, y la corriente obrera francesa, aleccionada por la experiencia política de 1848-52, se reencontrasen, se reforzasen, cuando los franceses vinieron a Londres en 1862, con motivo de la primera exposición universal; cómo se unieron para fundar la Asociación Internacional de los Trabajadores.

En el instante en que los fundadores franceses e ingleses de la Internacional, quisieron así crear, fuera de toda relación con el gobierno, una poderosa máquina de guerra obrera contra el capital, obraron como sociólogos infinitamente más profundos de lo que creen esos señores de educación gubernamental.

Lo que sería el Parlamento en una sociedad igualitaria, donde no hubiese ni explotadores ni explotados, no lo sabemos. Probablemente no existiría. Tal como hoy funciona en nuestras sociedades actuales, el Parlamento es lo que ha reemplazado a la camarilla, es decir, a la multitud de

gentes que tenían antaño influencia en la Corte, y se colocaban así entre el rey y el pueblo. Hoy, la misión del Parlamento es también situarse entre el ejecutivo (el rey, el ministerio, el presidente en los Estados Unidos) y los que ellos gobiernan; impedir a éstos que opriman a los otros, pero, al mismo tiempo, mantener los privilegios de los gobernantes y los intereses creados de los propietarios de toda clase y de las compañías industriales.

Contener al ejecutivo; sólo acordarle, de los poderes que pedirá, los más necesarios, para dominar al pueblo, y rechazar lo que podría ser un peligro para la burguesía; proteger los monopolios, una vez establecidos, y crear nuevos, sin perjudicar sin embargo a los antiguos; tal es la función de cada Parlamento. Y obligados estamos a reconocer que allí donde hay Estado y gobierno, esta especie de control representa una cierta garantía contra la autocracia y el reino de la camarilla. Sin esto, sería la vuelta al régimen del capricho del rey y sobre todo de sus favoritos.

Pero para destruir los monopolios establecidos por la misma burguesía; para debilitar la potencia de los monopolistas; para realizar una revolución en las relaciones entre diversas clases de la sociedad, para abolir la explotación, jamás hombre inteligente y honrado pudo decir que esto entraba en las atribuciones de un Parlamento. Al contrario, cada vez que se ha tratado de realizar la menor de las re-

voluciones políticas o económicas, los que la han querido realmente se han constituido al margen del gobierno y de la representación nacional.

En Francia, durante la gran Revolución, eran las municipalidades y, dentro de las municipalidades y en las grandes ciudades, las secciones; eran, en fin, los clubs los que fueron los organismos del progreso revolucionario. En Inglaterra, durante cerca de medio siglo, fueron las uniones de oficios—secretas primero; más tarde públicas—las que se encargaron de conquistas nuevos derechos para el pueblo y las que han obtenido ciertas concesiones serias para los trabajadores, por mil medios a los que se recurría sin hablar demasiado de ellos.

Es esto lo que los trabajadores de las otras naciones intentaron hacer, en 1866-1870, fundando la Internacional.

Y es esta tentativa lo que los políticos socialistas consiguieron abortar, haciendo brillar ante los trabajadores, durante los últimos treinta años, el espejismo de la «conquista del Poder».

Veremos en otra ocasión cuáles fueron los resultados.

Pedro KROPOTKIN

(Manuscrito facilitado por el Instituto Francés de Historia Social.)

Trad.: F.M.

"Aspectos de la América actual"

«Cuadernos de Cultura» ha inaugurado su colección, editando un interesante estudio de nuestro querido amigo y colaborador D. Pedro Vallina, titulado «Aspectos de la América actual».

Se trata de un análisis completo y crudo de la realidad de la vida en América, en el que son analizadas la miseria del proletariado y las causas complejas y profundas que la determinan. Nuestros lectores se darán cuenta de la importancia de este volumen, por el simple enunciado de sus capítulos:

Prefacio. — Los orígenes del hombre americano. — Las cuatro culturas precolombianas de América. — Auge y decadencia de la civilización precolombiana. — Productos naturales precolombianos. — El descubrimiento de América. — La conquista de América. — El Padre Las Casas. — Conquistas de los portugueses, ingleses y franceses. — La América colonial. — Las ambiciones de Cortés. — La emancipación política de América. — Orígenes del liberalismo hispanoamericano. — Independencia de Hispanoamérica. — La guerra de independencia en América del Sur. — La independencia de Cuba. — Figuras de la independencia. — América independiente. — Benito Juárez. — Ricardo Flores Magón. — Emiliano Zapata. — Lázaro Cárdenas. — Desarrollo industrial e imperialista de los EE. UU. — La América Latina. — El indio.

La obra forma un precioso volumen con 121 páginas de texto a gran formato.

Precio del ejemplar: 250 francos. Pedidos al Servicio de Librería del Movimiento, Valerio Mas, 4, rue de Belfort, Toulouse (Haute-Garonne). Giros a «CNT», Hebdomadaire, C. C. P. 1197-21, Toulouse.

Todos los espíritus estudiosos e inquietos deben leer este volumen, indispensable como documento en una buena biblioteca.

El profesor OITICICA

HA MUERTO

Acabamos de recibir una carta de nuestro estimado amigo y compañero Manuel Pérez, de Río de Janeiro, de la que transcribimos a continuación cuanto se refiere a la muerte de nuestro querido y admirado colaborador Profesor José Oiticica.

Esta nueva pérdida nos ha producido hondo sentimiento. Otro valor que se va; otro vacío que será llenado muy difícilmente; pues Oiticica era una de las más grandes e interesantes figuras del movimiento anarquista en América.

Incapaces de escribir, en este momento, embargados por el dolor que nos produce tan irreparable pérdida, las notas que merece la figura de Oiticica, su larga vida de pensador y de militante, cedemos la palabra al compañero Manuel Pérez:

Río de Janeiro 1. de agosto de 1957

Estimados compañeros y amigos:

Ya estaréis al corriente de la muerte de nuestro querido e inolvidable compañero José Oiticica, director de «Ação Direta», y uno de los más entusiastas militantes del movimiento anarquista del Brasil.

Es muy difícil hacer una biografía completa de Oiticica ya que su lucha activa de 45 años, pues inició su labor como anarquista en 1912, está repleta de episodios grandiosos y heroicos.

Os envío la primera plana de «Ação Direta»; por ella podréis sacar algo para hacer una crónica sobre su vida, sin embargo, para facilitar vuestra labor os diré lo siguiente:

Oiticica era considerado en el Brasil como un verdadero sabio. Era magnífico autor teatral, y su obra, «Pedra que rola», tuvo un éxito formidable. En el orden cultural era considerado como el mayor catedrático del país, siendo nombrado ha poco Profesor Emerito, pues todos le consideraban como el maestro del idioma, siendo el cate-

drático número 1 del Instituto de enseñanza superior de Río de Janeiro. Son notables y numerosos los libros que publicó para las escuelas, todos adoptados por el propio Ministerio de Educación.



Profesor José OITICICA

Hablaba correctamente y era profesor de francés, griego, italiano, español y alemán, y, últimamente estaba muy adelantado en el estudio del idioma ruso. Era igualmente músico y compositor dando lecciones a gran número de jóvenes, siempre gratuitamente.

Diariamente, cuando iba a la escuela superior para dar aulas, le veíamos cargado de libros que adquiría para ofrecer gratuitamente a los estudiantes pobres. Intransigente defensor de las ideas anarquistas, jamás claudicó sin temer persecuciones ni sacrificios. En el terreno de las ideas fundó y dirigió varios periódicos, entre ellos «Spartacus», «Voz do Povo» y «Ação Direta», de Río de Janeiro. Su obra cumbre es: «A Doutrina Anarquista ao Alcance de Todos».

A pesar de sus 75 años iba cada quince días a Sao Paulo para dar conferencias en el Centro de Cultura Social de aquella ciudad, y diariamente daba lecciones gratuitas a gran número de obreros, estudiantes e inclusive profesores y pro-

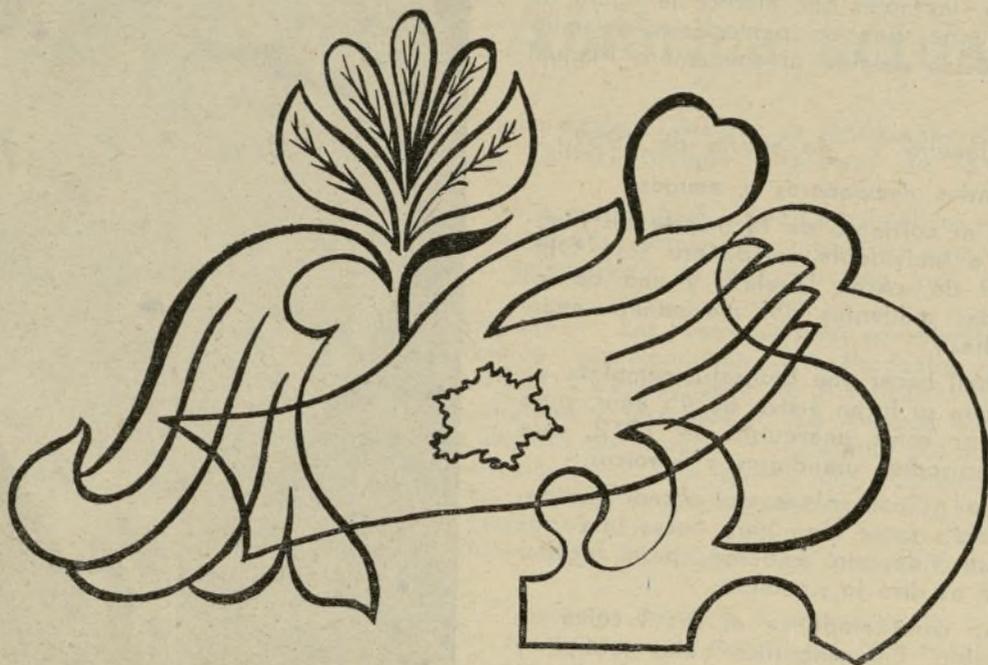
feoras recién nombrados en las escuelas normales.

Justamente cuando regresaba de una de esas lecciones, al llegar a casa a las 11 de la noche sintió subitamente fuerte dolor en el pecho; después de tomar un poco de té y un comprimido de homeopatía se acostó para descansar un poco, y con terrible sorpresa, su buena compañera, al ir a dormir a las 12, lo encontró ya muerto.

Educó a sus hijos con cariño dejando una descendencia de verdaderos artistas. El hijo varón es profesor de botánica; Sonia, hoy directora de «Ação Direta», es primera actriz de una de las mejores compañías de Río de Janeiro; Wanda es soprano lírica, y las dos hijas restantes, una es profesora de canto y piano y otra maestra.

Su entierro fué algo emocionante; tal fué el número de personas que le acompañaron, de todos los sectores sociales. Hablaron quince oradores, entre ellos tres del movimiento anarquista: Serafín Porto, José Romero y yo.

La muerte de Oiticica tuvo lugar en la madrugada del 30 de junio último.



ECOS DE LA VIDA INGLESA

LAS CONTROVERSIAS PUBLICAS EN LA B. B. C.

¿Es mala la moral británica?

(Continuación)

El Profesor W. Lyon Blease (Facultad de Leyes, Universidad de Liverpool).—Señor Presidente, estoy de completo acuerdo con el Doctor Comfort en el comienzo de su peroración de que ha sido siempre costumbre en este país el hablar de la degeneración moral entre los contemporáneos de cada uno. De hecho, esto no se halla reducido en este país en forma alguna. Me abstengo de citar en latín original, un párrafo bien conocido de Horacio, dada la educación que la mayoría de los miembros de esta reunión tiene, pero incluso en la antigua Roma, se lamentaban de la degeneración de sus tiempos y aun anticipando otros posteriores procesos en las generaciones siguientes. Esta es una forma muy común de satisfacer el propio sentido de superioridad sobre la demás gente. También estoy completamente de acuerdo con el Doctor Comfort en la aserción de que somos más humanos de lo que éramos, digamos hace 150 años, más inteligentes al tratar los problemas del sexo y nos damos mucha más cuenta de la violencia porque somos menos agresivos. Nos hacemos más humanos, más tolerantes, más inteligentes e imaginativamente más sensitivos de lo que éramos y no estamos inclinados, por ningún medio, a confiar como lo estaban nuestros padres, en reglas de conducta absolutas impuestas por la Iglesia, la ley y la gente, que a la sazón poseían el control de nuestro orden social. La conducta moral, me parece a mí, consiste simplemente en reconocer el hecho de que somos miembros de una sociedad, bien se conduzca uno mismo por la máxima religiosa de que debes amar al prójimo como a tí mismo, bien acepte el Imperativo Categórico de Kant y diga de tratar a los hombres como fin y no como medio, o bien uno invente su propia máxima, «sirve y no explotes» o algo por el estilo, la conducta moral de los hombres se funda solamente en el sentido que cada uno se conduce con respecto a la demás gente; y mientras más generosos, más tolerantes y más sensitivos seamos, más morales seremos. Yo creo que vamos mejorando progresivamente y comparto la satisfacción del Doctor Comfort en ese respecto para el presente, y su confianza con respecto al futuro.

DELINCUENCIA

Lady Simon of Wythenshaw (del Comité de Educación de la ciudad de Manchester).—Voy a decir al Doctor Comfort que la delincuencia juvenil es causada probable-

mente por los hogares deshechos. Sin embargo, se nos ha dicho siempre que la delincuencia juvenil es producida por varias causas. Alguna gente nos dice que su origen está en los hogares deshechos, otra que es debida a que las madres salen a trabajar, otra que ella se debe a la decadencia de la religión, pero yo deduzco, de gente que ha investigado la cuestión, que no existe prueba alguna de que todas estas causas tiendan realmente a producir jóvenes delincuentes. Hay niños criados en hogares deshechos que no llegan a ser delincuentes, hay infinidad de niños, como sabemos, cuyas madres salen a trabajar, que no llegan a ser delincuentes, y hay niños en casas no cristianas que no llegan a ser delincuentes tampoco. ¿Tendrá el Doctor Comfort algunas pruebas sobre ésto?

El Doctor Comfort.—Personalmente no las tengo porque no lo he investigado; me baso en las experiencias de otras gentes. Pero me doy cuenta en el sentido que usted lo plantea, Lady Simon. Usted dice que hay gentes expuestas a esta clase de cosas que no se hacen delincuentes. Creo que Máximo Gorki tuvo una niñez bastante mala, según nos dice él mismo, pero aunque se hizo un revolucionario, no llegó a ser un delincuente, y niños que viven en hogares con casos declarados de tuberculosis no se contagian irremisiblemente. Yo creo que probablemente algunos nacen delincuentes, otros adquieren la delincuencia y a otros se les echa la delincuencia encima, pero se me ha sugerido, digamoslo así, sobre las ideas de gentes como el Doctor Bowlby y otros, que parece haber correlación entre la delincuencia y la falta de adultos de una moral madura cerca de los adolescentes; también influye la privación de la afección maternal en algunos momentos. Yo no voy tan lejos como decir que ello ocurre siempre cuando una madre sale a trabajar. Más bien dependerá en que concurren otras circunstancias.

Lady Cordelia James (Magistrado del Tribunal Juvenil).—Yo estoy completamente de acuerdo con lo que dice Lady Simon, al efecto de que no existen pruebas para demostrar que el que las madres salgan a trabajar en particular, afecta a la delincuencia juvenil, pero quisiera decir al Doctor Comfort que se encuentra un poco atrasado, como ocurre muchas veces con los sociólogos. (Risa.) El dijo que una de las inquietantes características de nuestros días es la creciente incapacidad de la gente para crear hogares estables para sus

hijos, pero quisiera recordarle que el número de la delincuencia juvenil ha ido decreciendo constantemente durante los últimos cuatro años y no es comparable con el número de la preguerra. Este no ha alcanzado el número de 1938, pero no se halla muy por encima de él.

G. W. Rhodes (Catedrático, Gobierno y Administración del Colegio Técnico de Huddersfield).—Señor presidente, yo también quiero hablar sobre este punto, porque aunque soy un maestro de poco tiempo, discuto este problema con muchos maestros que llevan en la profesión muchos años. La impresión general de ellos es que este problema de los jóvenes se origina en la falta de autodisciplina; la delincuencia juvenil, tal como se revela dentro de la escuela, ha sido particularmente común desde la guerra, y aunque posiblemente no ha habido ningunos estudios generales sociológicos sobre esto, los maestros son de la opinión general de que esto ha sido un resultado directo del hecho que durante la guerra había muy poco control directo de los padres sobre los hijos. Desde la guerra un número creciente de madres ha salido a trabajar; los padres mismos ganan mejores sueldos y, por tanto, pasan más tiempo fuera de casa en diferentes diversiones, con el resultado de que los hijos reciben muy pocos ejemplos directos de los padres; particularmente en lo que se refiere a autodisciplina. Si me es permitido de señalar unos cuantos ejemplos, diré que conozco innumerables muchachas de 13 años a quienes les está permitido estar fuera hasta muy altas horas de la noche. Ahora, mucha gente podrá decir que es un poco conservador el no estar de acuerdo con esto. Y, francamente, yo no creo que esto mejore la autodisciplina de una jovencita al andar fuera regularmente a tales horas de la noche (o a tales horas de la madrugada).

F. R. Postkitt (Director de la Escuela de Bolton).—Me alegro mucho el que el Doctor Comfort haya dado la importancia que le ha dado a la cuestión de la inestabilidad de principios en relación con las dificultades que los niños tienen que afrontar, porque creo que la mayoría de nosotros en la escuela, particularmente cuando el número de niños que se halla en dificultad es tan pequeño que uno puede seguir los casos debidamente, encontramos que casi en general existe algo de mal en la casa, aunque necesariamente no sea falta de los propios padres. Todos los aspectos de la vida familiar que hacían de ella un conjunto, aspecto económico, aspecto religioso, aspecto educativo, etc., han desaparecido, y en muchos casos los padres quedan sin otra función que la de compartir una cama. Lo que tenemos que hacer, si queremos una vida estable en las familias, es dar a los padres y a la familia mucho más campo de acción organizada, en la elección de carreras, en la elección de escuelas, y a ser posible atravesarlos mucho más hacia la vida de la escuela. Necesitamos una campaña que haga resaltar a los padres para hacerles sentirse importantes, y me parece que entonces encontraremos puntales para reemplazar a aquellos que las circunstancias sociales han cambiado.

RELIGION Y MORALIDAD

Peter Craig (ex-diputado conservador del Gobierno Civil de Manchester).—Yo pienso que una de las causas principales de este problema moral, y estoy convencido

de que se agrava cada día, es que la parte que la Iglesia juega en la vida diaria se va haciendo cada vez menor. Anteriormente, creo, la mayoría de los niños, incluso sin que los padres fueran lo que se llama «religiosos», asistían por un cierto período a la Iglesia y escuela dominical y allí se les enseñaba a diferenciar entre ciertas formas de conductas; en otras palabras, se les enseñaba a hacer una elección moral. Ahora, mi opinión es que, desde la guerra, el descenso en el número de niños que asiste a la Iglesia y a quienes se les enseña sobre cuestiones morales, es la clave de todo este problema.

J. M. Cameron (Del Departamento de Filosofía de la Universidad de Leeds).—En un sentido quiero salir en defensa de la religión y de la ley. Yo creo que la relación no es tan simple como ha sugerido el último orador, pero quiero insinuar al Doctor Comfort, a pesar de mi aprobación sobre muchísimo de lo que ha dicho, que, aunque los representantes personales de la ley y de la Iglesia muy a menudo dicen cosas crueles y estúpidas, existe una razón por la cual éstas sean dos grandes instituciones que llevan aparejadas los principios morales a los que de hecho apela él cuando condena cosas como la crueldad. Quiero, en segundo lugar, poner de manifiesto que de hecho estamos enfrentados con algo así como una crisis moral. El mismo ha insinuado algunas de las razones de ello; precisamente lo que ha dicho sobre la bomba a hidrógeno, con lo que estoy de acuerdo de todo corazón, pero me parece que existen otros principios morales que la gente toma a la ligera y como una cosa simple, porque de cualquier forma ellos creen que la utilidad y bondad social hacia los demás son ideas supremas. Voy a poner dos ejemplos, eutanasia y abortos. Me parece que aquí tenemos dos proposiciones, equivocadas o acertadas, no me importa, que son proposiciones revolucionarias en relación con el «standard» de moralidad aprobada por la Ley y la Iglesia. Quiero apuntar aquí que se ha propuesto una cierta revolución en esta esfera de la vida humana, y se supone ser cosa natural el que tengamos que ser siempre bondadosos, pensar siempre en el bienestar social y que podemos matar al niño en el vientre de la madre, que podemos hacer desaparecer a la persona que sufre de cáncer y tal vez también a los viejos que no saben qué hacer con sus vidas. Creo que este es un punto de inflexión en la moralidad europea y es la tradición de la Iglesia y de la Ley la que presenta cierta defensa por las concepciones tradicionales.

Doctor Comfort.—Yo estoy de completo acuerdo sobre eutanasia. Acerca de esto se han dicho infinidad de tonterías, y yo personalmente no abogaré por ella ni para los heréticos. (Risas.)

Doctor Dennis Chapman (del Departamento de Ciencia Social, de la Universidad de Liverpool).—¿Se halla Cameron un poco despistado? El aborto y la eliminación de los viejos han sido practicadas universalmente desde los primeros tiempos por casi todo el mundo en todas las sociedades. ¿Por qué ha de considerarse esto como revolucionario? ¡Esto está pasadísimo de moda!

Doctor H. V. Wiseman (del Departamento de Estudios sociales de la Universidad de Leeds).—Si me es permitidas las soluciones. No sé si me encuentro en el derecho de mencionar la televisión en una augusta reunión como la presente, pero existe un programa titulado, «¿Es este tu problema?» En casi todas las ocasiones se ha hallado presente un líder de una de las iglesias (téngase pre-

sente el número de sectas religiosas existentes en Inglaterra cuando se habla de la Iglesia en plural), tratando de dar consejos, y he tomado nota de tres problemas completamente distintos para los cuales la Iglesia fué una respuesta. No hubo explicación del por qué o por qué no. Se trataba de la respuesta al problema de una mujer que cuando metía a los hijos en la cama al final de la jornada diaria, se hallaba tan cansada que no encontraba la forma de componerse para recibir a nadie. También se trataba de la respuesta al problema de un hombre que durante once años había estado viviendo en tido, quisiera llevar un poco más lejos la cuestión de la Iglesia y religión. Mientras más oigo hablar de la clase de soluciones que las Iglesias y líderes de las mismas intentan ofrecernos, menos satisfactorias encuentro estas unas circunstancias de amontonamiento y aun no podía conseguir otra vivienda. De una forma o de otra, estas gentes habían de obtener algún consuelo que les permitiera plantar cara a los problemas que habían planteado a Edana Romney, quien hemos de confesar, no los resolvió. Si profundizamos un poco más, nos encontramos con lo que yo creo ser un problema moral, el problema de las relaciones entre las razas, el problema del color. El Arzobispo de Canterbury, nos viene con charlas obscuras e insípidas sobre la igualdad de los hombres ante el amor de Dios, pero no a los ojos de Dios, lo que me parece no da respuesta alguna a esta clase de problema. Yo quisiera hacerme la ilusión de que las Iglesias tienen una respuesta cualquiera a dar, pero hasta el presente no la he visto.

El Rev. Wilfred Garlick (de la Iglesia Anglicana de San Jorge, de Stockport).—Me ha complacido mucho el oír lo que el Doctor Wiseman ha dicho sobre el particular. Ante ello me propongo estar de acuerdo con él, con la salvedad que desearía insinuarle que el psiquiatra tiende a dar una solución psicológica y el socialista tiende a dar una solución socialista, por tanto, el clérigo tiende a dar una solución clerical, y me parece que eso debe tolerarse. Pero voy a responder al punto que me ha parecido más importante de todos los expuestos por el Doctor Comfort: él dijo (creo que al empezar su charla) que lo que resultaba ser un verdadero problema moral era la ausencia de responsabilidad, en todos los sentidos, grandes y pequeños, en la vida privada de la gente y en nuestras actividades corporativas. Yo estoy completamente de acuerdo en ese terreno particular; creo que hemos desplegado una lamentable falta de responsabilidad en las direcciones que el apuntó: la guerra, la bomba a hidrógeno y el resto de todas aquellas cosas de gran importancia, pero creo también que la mayoría de nosotros que tenemos que vivir con la masa del pueblo se halla grandemente sorprendida ante la extraordinaria falta de responsabilidad que la gente muestra con respecto a sus propias vidas y las de la comunidad. Yo le diría al Doctor Wiseman, que una de las contribuciones que la Iglesia puede hacer sin duda alguna, es dar a la gente una razón de la existencia. Tal vez, según la opinión de alguno de los aquí presentes, sea una razón errónea. Ellos pueden estar en desacuerdo con sus fundamentos, pero si no aceptan eso, entonces no hay aliciente alguno en la vida. Nosotros tenemos la mayor

contribución a hacer, y yo particularmente me sentiría muy satisfecho si todos los líderes religiosos de todas las tendencias se circunscribieran a esa clase de conducta y dirección.

Doctor Comfort.—Sólo quiero precisar que lo que yo dije fué en realidad lo contrario; que estaba sorprendido de la mucha responsabilidad que poseemos. Y usted ha dicho algo muy importante cuando dice que «si no es eso, no hay aliciente alguno en la vida». No quiero embarcarme en un ataque a la religión, pero estoy convencido que se ha causado mucho daño con la riada de sermones lanzada de cualquier forma por la B.B.C. y en gran escala, al efecto de que si uno no tiene una ética sobrenatural, no tiene ética alguna. Mucha gente no tiene esa ética sobrenatural y, sin embargo, tienen una ética, y yo creo que eso ha hecho mucho daño.

ETICA SIN RELIGION

Doctor Phyllis Bentley (novelista).—A mí me parece que la gran tarea moral de nuestra época es la elaboración de un código de ética sin religión. Infinidad de gente puede seguir siendo, si así lo quiere, cristiana, budista, etc. Ella puede agregar esta ética al código moral general. Es muy difícil, naturalmente, pero seguramente podríamos discutir el problema; ciertamente sería una de las grandes tareas morales el formular este código de ética sin religión.

Kenneth Barnes (Director de la Escuela de Wennington, Wetherby).—No puedo creer que este código de ética fuera más útil que el código rígido de moralidad que ha defendido la Iglesia. Quisiera creer que la Iglesia, la supuesta guardiana de los principios cristianos, pudiera continuar guiándonos. No cabe duda alguna que los principios que la Iglesia exigía en el pasado, salvaguardó a la gente y fueron una ayuda muy grande, pero no veo signo de que la Iglesia pueda seguir siendo esa guía ahora. Esto no es decir, por un momento, de que la cuestión no es un problema religioso; es un problema profundamente religioso. Ha de hacerse notar que Jesús rompió prácticamente con todas las corrientes morales de su tiempo, y su método fué siempre recordar a la gente los hechos de la situación. El fué un científico en este respecto. Las cosas no podían tener fácil solución fuera de los términos morales, y él instó siempre a la gente a que considerara la realidad de la situación humana. Y de esta forma la gente afrontando de cara la realidad, tuvo que formarse una cierta moralidad y sensibilidad interna, una percepción propia de la totalidad de las cosas y detalles, y de acuerdo con esa sensitiva percepción propia, podían decidir lo que les sería posible hacer. Es esa sensibilidad, que es una cosa fundamentalmente religiosa, lo que debemos buscar, y tengo algunas esperanzas en que la joven generación la está buscando. Aunque ellos soportan una gran cantidad de sufrimientos, se perjudican los unos a los otros y cometen muchos errores, al fin, muchos de ellos, llegan a tropezar con una moralidad apropiada a la real situación en que viven y que al final hace de ellos personas respetables.

(Continuará.)

Trad.: J. R.

TAIFAS COMO TRUFAS



OS reinos de taifas—¡santa insistencia! aunque gazmien los kanguros!—fueron el caldo en que se desustantificó y desinfló la bombolla del califato cordobés, si bien hubo algo de esta desleída y cocción.

La taifa es uno de los esfuerzos frustráneos, hechos por España—y que seguirá haciendo hasta el día del juicio al tocar a vísperas—para constituirse federativamente y desasirse de imperiales ogros, como el escualo de mandíbula batracia Carlos V, y la sabandija lúbrica y gusarapo devoto y chupaarañas Felipe II.

Atémonos bien al dedo lo que sigue.

Taifa no significa bandería y facción o jarka francocaudillal y «gang» raquetero-requetero y falange pandillera en continua algarada o «raid» por los ajenos cotos a husma y captura de botín; como pretenden los efectivos cuadrilleros de las Santas Hermandades mojigato-políticas; sino germanía, todo menos que véhmica, de libertad y de trabajo; agrupación prontuarial autónoma de convivencia o concivalidad en pequeña escala, poco más que municipal o concejil.

Esta era la organización—la profilaxis—que la moruna hueste de Tarik nos traía, no de Arabia, sino de Africa, a la península. Y de ahí la facilidad, con que ese turista y terretróter se apoderó de nuestra viscera tendral apenas en un mes y casi sin combatir, instalándose entre sus nuevas amistades el atrevido huésped, tan ancho como Calahorra entre sus pimientos.

No hubo otro choque mortal—y no con los nativos, sino con la oligarquía visigoda—que el clásico del Guadibeca o del lago de la Janda, que fué una pachanga anahuacuina, que duró lo que unas vacaciones pagadas, un soplo.

Vencedor en el primer encuentro a orillas del Barbate, en que a puro corazón de Jesús o de Mahomales reventó la madre a los gildos cavófilos, Tarik, por la foz de Algeciras, se dirigió primeramente a Ecija, donde dos niños góticos astigitanos (Frisus y Patrias), le hicieron rostro más breve que bravamente; y prosiguió su marcha triunfal hasta Toledo, breva madura que se le cayó sola a Mazote en las manos, y que tomó como quien se empechuga una taza de cocoa.

Entre tanto, un lugarteniente del rayo de la guerra mogrebi o marroquí—Zaide—rendía sin resistencia, como pichón a la paloma en un cita de plenilunio, a la gachona boquerona Málaga, la bien plantada bravia con 400 tabernas y ninguna librería, pero con unas lozanas del Perchel, cada una de las cuales era un tratado de Buen Amor de nuestro Arcipreste, o un Cantar de los Cantares salomónico; y a otro segundo que jefeaba Tarik también, desmayábasele y se le echaba en brazos la preciosidad de Córdoba... ¡Dichoso Mogueit et Rumi!

Las poblaciones iberas recibían en palmas a los venedizos, como lo que eran; como hermanos de raza, de sangre y de cultura, suyos. El asco sin límites que les daba el eczema de romanos y de godos, que los mareara siglos, hizo dormirse a los españoles como criaturas, en la falda de los kabiliales chilabos. Es el mismo sentimiento, que induce a capitular a Persia y a Asia, ante los hermosos griegos más que ante los feroces macedonios de Alejandro; y que tumba y bocabajea los absolutismos de Austria, Prusia y

Rusia ante la espada o chuzo soi-disant revolucionario de Napoleón.

A misas dichas llegó Muza con los árabes ya lavados y peinados del Nedjed a España; a organizar el esfuerzo de sus predecesores en el belén, y a estrujar y entrujalar vendimias que no sulfató solícito y rastrillar granalla que no sembró.

E implantóse, en primer lugar, el emirato o gobernaduría subalterna damasquina o bagdadena; y en segundo, el califato omeya independiente cordobés, con carácter imperial, militar y centralista.

Pero, los belicosos árabes «pur sang» o genuinos (yemenies, maaditas y nabateos) topan en nuestras garbanceras con el mancheno o indígena antifeudal y con el noráfrico comunero y agrarista. Y en Orihuela, bajo Teodomiro, se constituye la primera taifa, con la que hasta la Meca evita micos y tiene que pactar. Aben Meruán se insurge en Mérida, con la que se aparciona Badajoz. Y contra la absorción sultanal y de hagibes o primeros ministros jibas y matagentes, tipo Almanzor, se levanta en las Alpujarras Omar ben Hafsun, al frente de los muladies (hijos de cristiana enamorada de moro) que se hace fuerte en Bobastro.

Las rebeldías a continuación se engarzan como las cerezas. Y pronto, con los aftasidas, surge en Extremadura una taifa, a la que se abrocha casi todo Portugal; otra, con los hamudies, en Huelva; otra, con los tachivies en Zaragoza; otra malagueña con los edisitas; otra bético-oriental y meridional, con los alameries; y varias más. Almamún hizo de la taifa de Toledo una fragua y un hogar de letras y artes; introdujo el naranjal en Valencia y llenó de cigarrales y de vergeles la vega del Tajo. Almotacín convirtió a Almería en un centro sedero como el Chatung: sus cárabos llevaban brocados a todas las coquetas y locas de atar, amigas de curanderos y de ensalmistas, que pueblan las cortes del mundo. A los Ben Hud debemos en Aragón la salumbre de las almunias, los alquézares, las aljaferías y las cerámicas de Muel. Únicamente contra Almotadir, régulo del Triunfo de Sevilla, despótica la crónica, diciendo que bebía la sangre de sus enemigos en sus propios cráneos, hechos escalar y dorar; y que tenía un harem con 800 enharinadas; demasiadas gallinas para un solo gallo. Un taifeño—Alhama el Magnífico—construyó la Alhambra granadina; y un aliado del similar hispalense Motamdi—el nombrado Jakub ben Yusuf—en conmemoración de su victoria sobre la cruz en Alarcón, erigió la inmortal Giralda.

Interin, los califales, que no se dedicaban sólo a politiquerar y a guerrear, rechazados a su caserón, descubrían en sus escuelas la farmacia, el álgebra, la albeitería, media botánica y la prótesis dental; destilaban el aguardiente y los ácidos nítrico y sulfúrico; desembocaban y bautizaban enjambres de estrellas y andaban por el cielo como por su casa.

Pues con todo este esplendor, creado casi exclusivamente por la autarquía de los telares y de los huertos, acabaron los fanáticos marabúes almoravídicos; los mochuelos unitarios o unificadores a trancazo limpio de Algezel, más conocidos por almuhedines o por almohades y su Miramamolín; y, sobre todo, los pendones a pregón y los bureles de bandera y caldera y descosido ranchaje de la cristiandad.

Angel SAMBLANCAT

de *dignidad* haremos enmudecer a los burlones, tranquilizaremos a los mojigatos hipócritas, y acostumbraremos a los espíritus superficiales a la discusión franca, correcta y seria.

Quiero también felicitar a nuestros entusiastas organizadores por haber comprendido que era justo que una voz femenina se hiciera oír aquí; y que en una reunión donde se van a tratar problemas interesantes especialmente a las mujeres, fuese ésta presidida por una de entre ellas. Esto, me diréis, es simple lógica... ¿pero hay en el mundo cosa más rara que la lógica?... Colocar en primer término la opinión de la mujer, en una cuestión social cualquiera, aun en una cuestión que la afecte tan directamente como ésta, evidentemente constituye una novedad, que no dejará de extrañar profundamente a nuestros buenos «re pobladores».

Pues, para el criterio de esas gentes, la mujer no es un ser consciente y libre... mas sí, es una especie de máquina para fabricar carne de cañón, que debe trabajar sin descanso hasta que entrañas le queden...; o bien un animal productor, cuyos sufrimientos no hay que tener en cuenta para cumplir sus funciones, ya que vosotros lo habéis podido observar como yo, sus famosos «estimuladores» se dirigen siempre al hombre. Tal concepto del sublime papel que la mujer desempeña no puede hacer más que indignar a las madres conscientes; y el «feminismo» debe proclamar, antes que nada, la *libertad* de la *Maternidad*... La peor de todas las esclavitudes ciudadanas, es para nosotras la *esclavitud sexual*; y la emancipación de la carne no es menos envidiable que la del espíritu.

Mas, muchos sociólogos, desgraciadamente no parecen ver en nuestros deseos de procreación reflexionada, más que una medida transitoria, necesaria por la hora presente. Estos van repitiendo cada día que la sociedad futura, en la cual todo el mundo tendrá su parte de pan, como su parte de aire y de sol; en donde serán desterradas la miseria, el hambre, el frío, la angustia del mañana; en donde los hijos dejarán de ser una carga pecuniaria... en la sociedad ideal de paz, de bienestar y de amor... la fecundidad sin límites, el obedi miento ciego a las leyes de la naturaleza será posible y deseada... ¡Oh! ciudadanos, no creáis esto, es un error monstruoso... En su egoísmo atávico, los hombres no piensan bastante que en una sociedad mejor, que emancipa al padre del cuidado material, no disminuiría apenas, para nosotras, las fatigas, los sufrimientos y los peligros de la Maternidad... y que la mujer de entonces, menos resignada que la de hoy, más consciente de sus derechos, pretenderá no afrontar la temida prueba más que *libre y voluntariamente*. La mujer comprenderá que su cuerpo le pertenece, y que *ella sola tiene* el derecho de disponer. Ser madre *prudentemente* en la medida de sus fuerzas escogiendo el momento oportuno... y desaparecerá el tipo de la mujer agotada, marchitada por los alumbramientos demasiado frecuentes, consagrada al eterno sufrimiento, y no teniendo ni aún la fuerza de hacer un gesto de rebeldía, de negar su pobre cuerpo maltratado y magullado al macho inconsciente y brutal.

FRENTE AL PUBLICO

(Cinco conferencias)



Ediciones "CENIT"

El problema de la Población

Discurso de madame Nelly Roussel

Ciudadanos, ciudadanas:

En el momento en que todos los capitalistas, los patriotas y los clericales—todos los que viven del sufrimiento ajeno y explotan la necesidad e ignorancia humana—en el momento en que todos los perdonavidos y antropófagos civilizados reclaman a grandes voces soldados y esclavos; y reunidos en *ligas repobladoras* nos distraen con sus divagaciones... hemos creído oportuno iniciar una discusión seria sobre el más grave de los problemas sociales, y de someter a la apreciación pública la campaña profundamente humanitaria que ha emprendido, con tanto vigor, el infatigable y perseguido apóstol de las doctrinas de verdadera libertad, el ciudadano Paul Robin. Y, ya que el gran orador Sebastián Faure tiene a bien esta noche de prestarnos el inapreciable apoyo de su palabra tan estimada... que me sea permitido en nombre de todos los que aspiran a un mundo mejor y más feliz, que me sea permitido reunir, en un mismo homenaje de admiración agradecida, al iniciador y al conferenciante.

Y el agradecimiento que les dirijo, ciudadanos, es tanto más merecido cuanto que el tema que se trate aquí esta noche no es de aquellos que preparan al orador éxitos fáciles. En efecto, por un deplorable resto de atavismo cristiano, del cual aún los más emancipados se hallan mal despojados, las cuestiones sexuales, primordiales no obstante, quedan, hoy día aún, marcadas con cierto sello de *prohibición*; no se atreve uno el abordarlas; y cuando por casualidad, en el curso de una conferencia o de un discurso, alguien se ve precisado a rozarlas ligeramente... la actitud molesta de los unos, las risas supuestas de los otros, desconciertan pronto al imprudente, que se guarda bien de insistir.

¡Pues bien! ¡No, ciudadanos! Esto no puede durar. Para nosotros que nos preciamos de habernos despojado de todos los dogmas, de no obedecer a ningún santo y seña; nosotros que hablamos sin cesar de *libertad*, libertad de la pluma, libertad de la palabra, libertad del pensamiento... para nosotros no hay temas ni cuestiones prohibidas. Todo *puede* y *debe* ser dicho en público. A fuerza de *convicción* y

vo a creer que la prueba ha sido hecha: categórica, perentoria, por la historia, por la experiencia y por la razón—esto prueba, simplemente, que sobre este punto—y no es el único—el sindicalismo y el anarquismo tienen fines comunes.

Esta basta para explicar: por una parte, el por qué trabajadores que son anarquistas militan en los sindicatos y por otra parte, por qué todo sindicalista sincero es un anarquista en potencia.

¿Sería digno de los sindicalistas que no son anarquistas negarse a luchar contra el Estado, porque esta lucha está inscrita en el primer rango de las reivindicaciones libertarias?

Si prevaleciera esta consideración, sería el mezquino indicio de una bajeza de conciencia y de una estrechez de espíritu que bastarían para descalificar y deshonorar a todo el que se hiciera culpable de ellas.

Es difícil y será desleal desconocer que pronunciándose contra el Estado el Sindicalismo toma posición contra el Estado proletario tan firmemente como contra cualquier otra forma estatal.

Se desprende de esto que el gobierno con sede en Moscú, y que se etiqueta Estado proletario, se encuentra comprendido en la reproducción con la cual el Sindicalismo combate al Estado, sea cual sea.

¿Quién tiene la culpa?

Amigos de la Revolución rusa todos los sindicalistas lo son, todos están unidos en una admiración profunda y afecto ferviente por el pueblo que ha expulsado a sus antiguos amos. Pero no se creen obligados a confundir la Revolución rusa con el gobierno que, por medio del engaño y del terror, el Partido Comunista de Rusia impone al proletariado de ese desgraciado país, y no se sienten ligados, ellos, sindicalistas, a un Estado que, no habiendo suprimido ni el Salariado ni el Patronato, no ha, de ninguna manera, emancipado al proletariado ruso.

¿Tiene o no el Sindicalismo el deber de obstaculizar todo lo que obstaculice la supresión del Salariado y del Patronato?

Sí.

¿Sí o no, el Estado, dicho proletario, ha abolido el Salariado y el Patronato?

No.

Y bien; entonces ese Estado, organizador del Salariado, sostén y defensor del Patronato, debe ser combatido y desaparecer como los otros.

Simple etapa, se objeta. Etapa inevitable, fase transitoria, tan breve como es posible.

Conocemos el ritornelo; no es nuevo; ha servido tanto, en todos los tiempos, en todos los países y todos los regímenes, que ya no puede engañar sino a los ignorantes y los crédulos.

EL SINDICALISMO

Su carácter. — Sus elementos constitutivos. — Su finalidad.

Sus medios. — Su misión social.

POR QUE DE ESTE ESTUDIO

Los militantes obreros hablan mucho de enderezar el Sindicalismo, de una vuelta al Sindicalismo anterior a la guerra. Si leo o escucho lo que atañe al sindicalismo, oigo y leo: «Sindicalismo de colaboración de clases; reformista o revolucionario; de acción directa o de acción indirecta; sindicalismo puro o impuro; neocomunista, revolucionario o anarquista; regular o disidente; unitario o divisionista; sindicalismo de la calle Lafayette o de la calle Grange-aux-Belles.

Me detengo, aunque podría continuar todavía y por mucho tiempo.

Quien, no conociendo nada de la organización económica del proletariado, se encontrara ante tan copiosa enumeración, tendría espontáneamente la idea de que el trabajador, debiendo elegir entre sindicalismos tan diversos, debe, en el montón, encontrar al menos uno que le interese, y que, por lo tanto, todos los obreros y empleados han de estar sindicados.

Lejos de ser favorable al reclutamiento sindical, esta multiplicidad de organizaciones opuestas, las unas a las otras, le es mortal.

No se puede evaluar el número de trabajadores que, no sabiendo decidir su elección o desmoralizados por las luchas que libran entre sí esas organizaciones, se mantienen apartados, indiferentes, desconfiados u hostiles, pero puede tenerse la certeza de que su número es considerable.

Me propongo—solamente—buscar el sentido exacto del sindicalismo, su carácter esencial, sus elementos constitutivos, su finalidad, sus medios de acción, y como conclusión, fijar el sitio que debe ocupar, la misión que debe cumplir en el movimiento social, que lleva a las sociedades humanas hacia nuevos destinos.

Sobre todos estos puntos, es grande la confusión que reina en los espíritus, sin exceptuar a los mejor intencionados. Y si estas páginas tuviesen la buena fortuna de proyectar alguna claridad sobre el problema, tan grave y urgente, del sindicalismo, sería muy feliz.

Sé que el mundo sindicalista tiene por sospechosa la intención de los que ellos llaman «intelectuales». Esas prevenciones son legítimas. Las considero justificadas en una gran parte; las comparto, y creo que los trabajadores tienen razón, al estimarse ya suficientemente mayores de edad para dirigir sus asuntos por sí mismos. Han sido tan a menudo engañados por el pretendido concurso que les prestaron los intelectuales, han tenido que sufrir tanto, por las presiones e influencias que se ejercen de medios exteriores sobre su propio medio; han servido tan a menudo de escalera a los arrivistas e intrigantes, que sería inexcusable si no sacaran de esas repetidas experiencias las enseñanzas consiguientes.

Pero he aquí que yo hace más de veinte años que atribuyendo a la acción sindical una importancia primordial, no he cesado de seguir apasionadamente el desarrollo del sindicalismo, sin creerme por eso autorizado a inmismirme en la vida interior de las organizaciones obreras, se puede, pienso, tener confianza y creer, que yo hoy tanto como ayer, no tengo la intención de aconsejar, dirigir ni de conspirar.

«¿Intelectual?» ¡Yo lo soy tan poco, y tengo tan poca pretensión de serlo!

En fin, tengo 65 años y me atrevo a creer que nadie soñará atribuirme deseos de arrivismo contra los cuales se levantaría toda mi vida ya larga de militante, circunstancia que me dispensará de defenderme contra suposiciones de esa naturaleza.

Mi único deseo, pero ardiente, es aclarar la ruta para que la marcha sea más firme, más rápida y más valiente. Es lo que voy a ensayar de hacer.

¿QUE ES EL SINDICALISMO?

Voltaire ha escrito: una multitud de discusiones se evitarían, si los que discuten tuvieran la sabiduría de precisar netamente, ante todo, el punto de discusión y ponerse de acuerdo sobre una definición clara, simple, exacta y completa de los términos que emplean y sobre los cuales a menudo gira el debate mismo.

La observación es juiciosa, sabio el consejo que se desprende.

Sigamos entonces el consejo, y ya que es del sindicalismo que se trata, definámoslo:

EL SINDICALISMO ES EL MOVIMIENTO DE LA CLASE OBRERA EN MARCHA HACIA SU EMANCIPACION INTEGRAL, POR LA SUPRESION DEL SALARIADO Y LA ABOLICION DEL PATRONATO.

He conocido, leído y escuchado a los teóricos más calificados y a los oradores más autorizados del sindicalismo: Pelloutier, Crifuelles, Pouget, Delassalle, Guerar, Niel, Jouhaux, Ivetot, Dumoulin, Merrehein, Besnard, Verdier, Quinton, Monatte, Monmousseau, Rosmer, Tommasini, Ravean, Pericart, Jouve, Barthes, Berrar, Massot, Totti, Argence, Lemart, Dejonquere, Cadeau, Labrouse, Dourcade, Bertet, Frandrin,

cualquier forma, entraña fatalmente el mantenimiento o el restablecimiento del Patronato y del Salarido.

Tercera. En consecuencia, si es exacto y si se admite que la emancipación integral del proletariado, finalidad que persigue el Sindicalismo, está subordinada a la supresión del Salarido y la supresión del Patronato, es también exacto y es necesario reconocer que la realización de esa finalidad está igualmente subordinada a la desaparición del Estado, porque el mantenimiento del Estado—de todo Estado—comporta ineludiblemente la supervivencia del Salarido y del Patronato.

De lo que antecede yo desprendo el siguiente dilema; o bien el sindicato tiene el deber de perseguir la supresión del Salarido y la abolición del Patronato, y, en este caso tiene el deber de perseguir, y por las mismas razones, también la desaparición del Estado; o bien el Sindicalismo no debe perseguir la desaparición del Estado y, en ese caso, debe renunciar a perseguir la supresión del Salarido y la abolición del Patronato.

ES NECESARIO ELEGIR

Cuando la Comisión Administrativa de la C.G.T. afirmó el carácter esencialmente antiestatal del Sindicalismo, no ha hecho sino concretar en una forma lapidaria y en términos limpidos, la tesis que termino de desarrollar.

Que esta tesis sea la verdadera tesis sindicalista es lo que confiesan todos los sindicalistas conscientes.

Por lo demás, sobre este punto el sentimiento es unánime y hasta los que se oponen con más fuerza a la adición de estas palabras; desaparición del Estado, no vacilan en declarar que en principio y en cuanto al fondo, ellos están completamente de acuerdo con los que piden ese agregado. Es la confesión de que: supresión del Salarido, abolición del Patronato y desaparición del Estado están asociados y no pueden marchar separadamente.

Su oposición no es, entonces, una oposición de doctrina. Ello proviene de circunstancias. Ellos estiman que a las coyunturas presentes, este agregado lleva la marca de una tendencia a la cual ellos niegan su adhesión; que ella expresa, con respecto al Estado que tiene su sede en Moscú, una desaprobación formal, que, en fin, ella niega la necesidad de una etapa que les parece inevitable.

Es perfectamente exacto que la desaparición del Estado está incluida en la concepción anarquista y que, no abandonando nada de su doctrina de libertad, denunciando fuertemente los crímenes del Estado, convencidos de que el Estado es enemigo mortal de cualquier régimen de libertad positiva, los anarquistas son los irreductibles enemigos del Estado y persiguen su destrucción.

Si resulta que la emancipación integral de la clase obrera tiene por condición *sine qua non* la desaparición del Estado—y yo me atre-

Quiero conceder a Lenin, Trotzky, Zinoviev, Tchitcherin, Rak-dek, Krassin, Kamenev, Lunatchahrsky, Krilenko, Bukarin, etc., que son excelentes dictadores, activos e inteligentes gobernantes, pero es incontestable que no son proletarios, y ya es bastante escandalosamente contradictorio que un gobierno dicho proletario esté casi en su totalidad compuesto por gobernantes que no son proletarios.

Pero no quiero insistir, porque aunque no hubiese en el poder proletario de Rusia sino proletarios, las cosas sucederían exactamente igual a como pasan, por la simple razón de que no podría ser de otro modo.

He aquí, entonces, un Estado proletario: el Estado-tipo, el Estado modelo, el Estado que se cita a título de realidad, que se indica como experiencia, el Estado hecho, que se opone a nuestra teoría sindicalista, con miras a la desaparición del Estado.

Ahora bien, el asalariado existe en Rusia. ¿No ha sido nunca suprimido? ¿Ha sido al principio abolido y después restablecido? Es un punto sobre el cual yo no puedo afirmar nada. Puede ser que, durante el período propiamente dicho revolucionario y los primeros días que le siguieron, el salariado haya sido abolido de hecho y de derecho; pero es innegable que él fué restablecido apenas se instituyó un gobierno, un Estado de alguna inestabilidad.

Es cosa notoria y reconocida actualmente que el proletariado de Rusia vive bajo el régimen del salariado y que el trabajo es retribuido según una escala de salarios muy complicada y cuya aplicación corresponde al Consejo Superior de la Economía Nacional, engranaje importante del Estado proletario.

¿Y el Patronato?

Decir que el Salariado no ha sido suprimido y que, si lo fué, ha vuelto a restablecerse, es decir que lo mismo ha sucedido con el Patronato.

El pequeño Patronato y el Patronato medio ya florecen en Rusia. La política económica puesta en vigor al principio por el Partido Comunista, está en plena bancarrota y el desastre que los dictadores comunistas procuran de enmascarar con la expresión militar de «retirada estratégica sobre el frente económico», tiene por resultado el de introducir en el país el gran Patronato. Lo que escapa todavía al Patronato, pequeño, medio y grande, está debajo del patrón de los patronos: el Estado, dicho proletario.

¿Tenía o no razón al decir que, para reducir a la nada la tesis de los partidarios del Estado proletario, no se podría elegir nada mejor que la misma experiencia rusa?

Sindicalistas, reflexionad. Aplicad a ese problema un esfuerzo imparcial y un poco de detenida meditación, y estoy seguro que ese esfuerzo os conducirá directa y necesariamente a las conclusiones siguientes:

Primera. La abolición del Salariado y la supresión del Patronato implican fatalmente la desaparición del Estado.

Segunda. El mantenimiento o el restablecimiento del Estado, bajo

Herclet, Richetta, Sirolle, Lemoine, Mayoux, Bonet (me excuso citarlos a todos).

Esta definición es la definición que se desprende de todos sus discursos y escritos.

No todos han hecho uso de las mismas fórmulas; no todos han definido al sindicalismo en términos idénticos, pero todos, absolutamente todos, se han expresado en el mismo sentido, y del conjunto de su propaganda escrita y verbal, extraigo fielmente, escrupulosamente, esta definición a la cual estoy seguro que los sindicalistas libertarios: Bastien, Boudoules, Casteu, Content, Colomer, Descarsin, Lecoin, Maillard, Rose, Veber, etc., darán su adhesión.

Esta definición no es, por lo tanto, ni mía ni de otro cualquiera; ella no tiene un carácter personal; no es debida a las cogitaciones profundas de un teórico; esta definición del sindicalismo es dada por todos los militantes obreros cuyos nombres están desde un cuarto de siglo hasta hoy más o menos ligados fuertemente al desarrollo del sindicalismo francés. Voluntariamente, me he abstenido de citar a ciertos teóricos, como Sorel y Lagardelle, cuya obra, por relacionada que esté al sindicalismo, no emana de militantes sindicalistas.

Haciendo esto, he querido descartar de este estudio, todo de observación y de constatación, a todos los elementos que pudieran alterar su objetivismo.

Cosa digna de notarse: los representantes de las teorías más diversas, de puntos de vista actualmente más opuestos, se encuentran asociados, confundidos en el corazón de esta definición que yo doy del sindicalismo. Es permitido inferir, que, en una época determinada, la unanimidad ha existido en el seno de la clase obrera organizada, en lo que atañe a los caracteres y fines del sindicalismo, y que el acercamiento no puede hacerse nuevamente, sino en la medida que los infieles renuncien a su defección y que la entente se realizaría por sí misma, automáticamente, si sucediera que todas las disidencias desaparecieran sobre los principios, los métodos de acción y los fines del sindicalismo.

Para ser buena una definición debe ser clara, simple, exacta y completa. La definición antedicha posee esas cuatro cualidades. Pero tiene el defecto de toda definición: no se basta a sí mismo. Es demasiado breve; su mismo laconismo deja la puerta abierta a las interpretaciones imprecisas, a las explicaciones erróneas, a las conclusiones insuficientes o ilógicas. Es indispensable entonces, separar las diversas partes que la componen, comentar cada una de las partes, establecer luminosamente su encadenamiento riguroso, y extraer la conclusión de conjunto que se desprenda.

EL SINDICALISMO ES EL MOVIMIENTO DE LA CLASE OBRERA. — SU CARACTER

A.—EL MOVIMIENTO.—Es la palabra que expresa exactamente el carácter profundo, esencial, del sindicalismo. El sindicalismo es un movimiento incesante, una marcha sin detenciones, una acción per-

manente. No conoce el reposo, la inercia le es contraria. Como todas las cosas en la naturaleza—y por consecuencia en la humanidad—, se modifica, se transforma y evoluciona, porque es una manifestación de la vida.

No es algo rígido, menos aun algo inmóvil; es extremadamente flexible, dotado de una rara placticidad, apta a todas las formas de la actividad y propia a todas las modificaciones.

He oído decir que «el sindicalismo es una práctica que busca todavía su teoría»; también he oído decir: es una teoría que «busca todavía su práctica».

Esto no es más exacto que esto otro: el sindicalismo no es una teoría que persiga su aplicación; él ya la posee. Tampoco es una práctica persiguiendo su teoría: él posee también esta última.

Veremos después cómo yo no adento nada que no sea demostrable, y hasta demostrado. El sindicalismo es, al mismo tiempo, una teoría que tiene su práctica y una práctica que tiene «su teoría» y es suficiente que hay acuerdo entre ésta y aquélla, que haya ajustamiento, adaptación de la una a la otra, que toda contradicción desaparezca entre la teoría y la práctica, en fin basta que práctica sea la forma vivida, la explicación fiel, concienzuda, concretada de la teoría que nada falte al sindicalismo y sea un movimiento rítmico, armónico y viviente.

Nuestra definición realiza plenamente este acuerdo; exige el ajustamiento indispensable de la aplicación a la doctrina, y cuando lleguemos al último término de nuestro análisis y ahondemos la parte sintética, esta constatación brillará imponiéndose sin la menor dificultad.

Por el momento limitémonos a observar que el sindicalismo es un movimiento y que está allí su carácter específico.

SUS ELEMENTOS CONSTITUTIVOS

B.—DE LA CLASE OBRERA.—Cuando digo que el sindicalismo es un movimiento, es natural que deba precisar de quién es el movimiento. Nuestra definición lo dice sin retardo en pocas palabras: de la clase obrera.

Ese movimiento agrupa, es el resultado y la manera de ser de una masa; expresa la acción de una colectividad; es el esfuerzo de conjunto de un número más o menos considerable de individuos asociados.

¿Cuáles son estos individuos? ¿Por qué fenómeno de atracción son llevados a acercarse los unos a los otros, a agruparse, a hacer block, a formar un todo homogéneo y compacto? ¿Cuáles son los elementos constitutivos de esta asociación en movimiento?

Lo que es digno de notarse es que el sindicalismo tiene por fundamento un agrupamiento natural, instintivo, puede decirse animal. Se opera como si fuera el hecho de un empuje irresistible, porque

cesidad de derrumbar los obstáculos, para que la clase obrera siga su marcha adelante hacia el término final: su emancipación integral.

Por lo tanto, en fin de cuentas, y conforme a mi definición, el Sindicalismo tiene entonces por finalidad la emancipación integral de la clase obrera, y la abolición del Patronato y supresión del Salarido no son sino los medios propios para realizar esa emancipación.

En la hora actual es muy importante tratar de agregar a esas palabras: supresión del Salarido y abolición del Patronato, esas otras: desaparición del Estado.

En verdad, esta adición sobra, es superfectatoria; pues yo no apercibo cómo la supresión real de todas las formas del Patronato y del Salarido podría no entrañar la desaparición del Estado, y yo no concibo tampoco cómo la supervivencia del Estado—cualquiera fuese su nombre, forma y constitución—podría no entrañar fatalmente la supervivencia del Patronato y del Salarido.

En un medio social donde fueran efectivamente eliminados el Patronato y el Salarido, me es imposible discernir las funciones que incumbirían a un Estado cualquiera y mucho menos la utilidad a la cual respondería.

No alcanzo tampoco a imaginar un Estado cualquiera que no se encontrara en necesidad de sostener o de instituir el régimen del Salarido y del Patronato.

Tan cierto es que estos términos: Estado, Patronato, Salarido, y, en consecuencia, los tres regímenes, los tres órdenes de cosas que representan, son estrechamente solidarios, rigurosamente asociados, profundamente soldados.

Quererlos separar, admitir a uno, excluyendo a los otros dos, es pura extravagancia. La razón más simple, la más elemental lógica exige que se elija entre la presión o el mantenimiento de los tres y yo no llego a comprender debido a qué aberración, enemigos del Patronato y del Salarido puedan ser protagonistas del Estado, ni a comprender en virtud de qué, partidarios del Estado, puedan ser adversarios del Patronato y del Salarido.



Hay quienes ponen en duda esta estrecha conexión, esta parentela profunda, esta indisoluble asociación entre el Patronato, el Salarido y el Estado. Estos pretenden separar éste de los dos primeros.

Nos oponen lo que ellos llaman «la experiencia rusa».

Para destruir su tesis y justificar la que ahora defiendo, yo no hubiese podido encontrar mejor ejemplo.

Si mis miradas se fijan sobre Rusia bolcheviqui, veo un gobierno que, con razón o sin ella, se dice Estado proletario.

No quiero aquí, no es mi asunto, hacer notar lo que tiene de extraño ese Gobierno proletario compuesto casi por gobernantes que no son proletarios.

Tal es el fin verdadero del *Sindicalismo*, tal el sentido exacto y completo de la palabra integral.

La expresión emancipación integral tiene ese significado. Sino ella no significa nada.

Entonces, el *Sindicalismo* tiene por finalidad la emancipación total de la totalidad de los proletarios.

VÍAS Y MEDIOS

Es por la supresión del Salarido y la supresión del Patronato que el *Sindicalismo* realizará su finalidad; la emancipación integral de la clase obrera.

Un error singular se ha deslizado, yo no sé bien cómo, en las múltiples controversias suscitadas por el movimiento sindical. Este error consiste en tomar como finalidad del *Sindicalismo* a lo que no es, en realidad, sino el medio.

Léanse los estatutos de la C.G.T. reformista; léanse los que están en vísperas de ser adoptados por los sindicatos afiliados a la C.G.T. En unos como en los otros, se leerá que el *Sindicalismo* tiene como finalidad la supresión del Salarido y abolición del Patronato.

El error es manifiesto.

Si el *Sindicalismo* se propusiera solamente suprimir el Salarido, abolir el Patronato, terminaría su misión apenas cesara de haber patronos asalariados y trabajadores asalariados.

El Salarido suprimido y el Patronato abolido, en otras palabras, llegado el *Sindicalismo* al término que se había propuesto, los sindicatos no tendrían razón de ser; habrían terminado el ciclo de su acción; habrían plena y completamente realizado sus propósitos; su función llegaría a ser nula; no tendría más que disolverse y morir tranquilamente.

¿Qué digo? Se disolverían ipso facto; desaparecerían automáticamente, pues todo organismo sin función está llamado a sucumbir, porque es la función quien crea el órgano.

¿Es así cómo conciben el *Sindicalismo* los de la calle Lafayette y los de la Grange-aux-Belles? Yo no lo creo.

Aquí y allá se afirma que la supresión del Salarido y la abolición del Patronato (esto, al fin, comporta aquello, porque el uno no puede cesar sino en la medida que el otro desaparece) no resume sino la parte destructiva y presente de la acción sindical y que la organización del Trabajo libertado forma la parte constructiva y futura del movimiento obrero.

Por lo tanto, en el espíritu de todos los sindicalistas el *Sindicalismo* tiene que hacer mucho más y mejor que abolir el Patronato y suprimir el Salarido. Por lo tanto, persigue una finalidad que se encuentra más allá de esta supresión. Por lo tanto, considera que el Patronato y el Salarido, son obstáculos que obstruyen, que impiden la ruta, que impiden alcanzar el fin: por lo tanto, proclama la ne-

reposa sobre una necesidad de la naturaleza humana, aumenta por una necesidad social.

El hombre es un ser sociable, es decir, hecho para vivir en sociedad. Por naturaleza está inclinado instintivamente a huir de la sociedad, a ligar su suerte a la de los otros, a asociar su destino al de sus semejantes.

Agruparse es para los humanos una necesidad natural, una tendencia incoercible.

Sin embargo, heredero y término de todas las generaciones que han precedido la suya, el hombre del siglo XX nace, vive, se muere en el seno de un régimen social salido, igual que él, del proceso milenar de las civilizaciones anteriores. Sus condiciones de existencia, condiciones de vida intelectual y de vida colectiva, dependen de ese medio social; de manera que los acercamientos que se efectúan entre las unidades individuales y los grupos que resultan de ellas son condicionados, de hecho, por el medio que les determina las modalidades.

En el presente, la organización social divide a los hombres en dos clases. Estas dos clases se las encuentra en todos los dominios: en el dominio político son: la clase de los gobernantes y la de los gobernados; sobre el terreno económico son: la clase de los ricos y la clase de los pobres.

Los intereses de esas dos clases están en antagonismo irreductible, en oposición flagrante. Lo que las separa no es una zanja más o menos ancha y profunda de posible relleno; es un abismo infranqueable.

La coexistencia de estas dos clases: burguesía y obrera, es el signo distintivo de lo que nosotros llamamos comunmente la sociedad capitalista, y las hostilidades, el estado de guerra, que yergue incesante y fatalmente a estas dos clases, la una contra la otra, es el hecho capital de la época actual, al que se da corrientemente el nombre de *lucha de clases*.

De modo que, cuando nosotros decimos que el *sindicalismo es el movimiento de la clase obrera*, constatamos y declaramos que él es, esencialmente, un movimiento de clase, y de que la clase obrera forma los *movimientos constitutivos* de ese movimiento.

Se dice impropriadamente de un partido político que es un partido de clase. Nada es más contrario a la verdad y nada está más completamente desmentido por los hechos.

Por una parte, un partido político, así se pretenda partido de clase, admite en su seno en principio y en la práctica, grupos de elementos pertenecientes a las dos clases. Capitalistas y proletarios, patronos y obreros, improductivos y trabajadores, gobernantes y gobernados, se encuentran asociados; de manera que, hecho inverosímil por cierto, esos hombres cuyos intereses personales y de clase son funcional e irremediabilmente contradictorios, están en todo instante, ya los unos, ya los otros, expuestos, mejor dicho, condenados, en las movidas peripecias de la lucha social, a traicionar o sus intereses per-

sonales, o los de la clase a la cual pertenecen, o los intereses del partido al cual están afiliados.

Por otra parte la práctica de la política, de la diplomacia, con sus acomodamientos, fluctuaciones y contemporizaciones, alianzas momentáneas, concesiones provisorias y otras abdicaciones totales o parciales, determina fatalmente que la lucha de clases no se afirme—y todavía!—sino en los programas, las violencias oratorias y en las extralimitaciones de la pluma.

Completamente otra cosa es el sindicalismo.

Es, y no puede ser otra cosa, sino una agrupación de clase. No reúne sino a seres encorvados bajo la misma opresión, víctimas de la misma explotación, viviendo en la misma incertidumbre del mañana, condenados a las mismas privaciones y a arrastrar, al declinar de su existencia, una misma indigente vejez; sintiendo el mismo deseo de bienestar e independencia; las mismas aspiraciones, tendentes a las mismas mejoras materiales y morales; el corazón abierto a las mismas esperanzas y la voluntad inclinada hacia la misma liberación.

Todos tienen el mismo enemigo de clase: el gobierno que oprime y el patrón que explota; todos están expuestos al mismo peligro, unidos por sus mismas obligaciones sociales, torturadas por las mismas inquietudes.

Porque el sindicalismo llama a todos los proletarios, sin distinción de edad, de sexo y de profesión.

Es, por excelencia, la agrupación natural, instintiva, y lo repito, sin que el término tenga nada de despreciativo, el agrupamiento animal de todos los que constituyen la clase obrera, de todos aquellos en quienes el capitalismo ha perpetuado la esclavitud, bajo el nombre de asalariados.

Es la inmensa multitud de esos esclavos modernos que el sindicalismo llama para la liberación integral. Es la marcha de esos esclavos, constituidos en clase, hacia su emancipación total, por la desaparición del asalariado, que encarna ese movimiento de la clase obrera.

¿No tenía razón cuando decía que él reposa sobre una necesidad de la naturaleza humana, aumentada por una necesidad social?

EN MARCHA HACIA SU EMANCIPACION INTEGRAL, POR LA SUPRESION DEL SALARIADO Y LA ABOLICION DEL PATRONATO

Ahora, nosotros sabemos que el carácter específico del sindicalismo es un movimiento de clase y que es la clase obrera que forma los elementos constitutivos de ese movimiento.

Me falta determinar: por de pronto la finalidad de ese movimiento de la clase obrera, después los medios con los cuales esa finalidad será realizada.

Es esta doble determinación la que constituye la segunda parte de mi definición.

Veamos primero la finalidad.

Está claramente indicada por estas palabras: en marcha hacia su emancipación integral.

A. — Digo: en marcha. Hubiese podido suprimir esas dos palabras de mi definición. He creído oportuno, más, he estimado necesario introducirlas para hacer más evidente el carácter fundamental del movimiento que encamina al proletariado hacia su emancipación integral.

En marcha significa que el movimiento del cual se trata, no debe ser desordenado, incoherente, sino, al contrario, ordenado, metódico.

Es la marcha, en orden seguido y regular, de la clase esclavizada, sedienta de libertad y dirigiéndose resueltamente, por las rutas más seguras y directas, hacia el fin que tiene la voluntad de alcanzar: su emancipación integral.

Esta marcha podrá ser lenta por las dificultades que jalonan la ruta; podrá, por instantes paralizarse, debido a resistencias y obstáculos previstos e imprevistos; podrá suceder que puesta a prueba por los cansancios que comporta toda larga marcha, sienta la necesidad de hacer alto.

No está fuera de razón prever que las etapas se sucederán; pero por una parte, ni por un instante el término del viaje debe perderse de vista, y por otra, hasta que todo el proletariado no haya llegado a ese término, debe evitarse o quebrarse, inflexiblemente, todo lo que sea susceptible de desviar o de alejar a la clase obrera de esta meta final.

B. — Agregó: hacia su emancipación integral.

Pésese bien el alcance exacto de esta palabra: integral; Penétrese su significación positiva e ineludible.

¿Se trata de emancipar una fracción, más o menos considerable, de la clase obrera, mientras quedaría privada de esa emancipación una fracción más o menos importante del proletariado? ¡Evidentemente no! Porque en ese caso la emancipación sería parcial, limitada, y no integral.

Para alcanzar la finalidad del sindicalismo es indispensable que todos, sin excepción de ninguna clase, los proletarios sean emancipados.

La palabra integral, ¿no implica nada más? Implica aún que la emancipación de que se trata no debe ser parcial, fragmentaria, limitada, sino completa, total.

Las cadenas que hacen de la clase obrera una clase esclavizada, son numerosas y de especies diversas: económicas, políticas, morales. El sindicalismo no tiene por finalidad romper algunas y dejar subsistir otras; tiene por finalidad romperlas todas para que el esclavo de los tiempos actuales que es el proletario, sea el hombre integralmente libertado de mañana.

En el plano político como en el económico, en el dominio intelectual como en el moral, el humano debe ser plena, total e integralmente libertado y emancipado.

DIEZ CAPITALES

UNA SEMANA VIENESA

TRANSITO...

Campamento militar a lo largo de la orilla. Carpas de campaña entre los árboles; mesas largas, con los pies clavados en la tierra. Pequeños cañoneros de la marina fluvial. Soldados ejercitándose. Decenas de botes especiales, para puentes de emergencia. Los pontoneros reman bajo el mando de un cabo: ya han instalado medio puente y lo prueban. Creí que los soldados eran húngaros: eran checoslovacos. Basta otro uniforme para sentir de pronto ese cerco de bayonetas, de la patria que está de vigilia contra otras patrias. El paisaje, sin embargo, es el mismo; se extiende del otro lado de la frontera artificial, unitario, indiferente ante las mascaradas trágicas de los ejercicios nacionales.

Bratislava. Aspecto limpio, ordenado. Casi todos los estudiantes búlgaros desembarcan alegres. Algunos se quedan aquí, los otros parten hacia las universidades de Fraga y de Brunn. Los elevadores giran, apresurados: vacían de sus granos las barcazas panzudas; llenan otras con bultos, productos de exportación. En el muelle, un museo: fachada renovada, con largas filas de ventanas. Se siente a sus anchas entre máquinas y depósitos. Si un país no puede respirar a través de los amplios pulmones del mar, debe poseer al menos algunos kilómetros de la arteria libre de un río internacional. La nueva Checoslovaquia, que surgió de la primera guerra mundial, me mostró entonces—como en un microcosmos—su energía tenaz: su industria, su cultura y, como todo Estado en la fase de crecimiento egoísta, su militarismo propio, imitativo pese a todo, después de haber sangrado bajo las banderas de otros Estados.

PLAYAS Y DEPORTES. ¡VOLVER A LA NATURALEZA!

Una ciudadela con torres fijadas en la roca: Theben. La frontera austriaca. Un pequeño río desemboca en el Danubio: apenas un trazado de ondas espumosas. El decorado, en las orillas, cambia sus contornos; sube y baja como un diágrama de bosques, peñascos y colinas pedregosas. Heimbürg: mezcla de ciudad y fortaleza. Un puente alto, en vez de unir las dos orillas del gran río, se desvía paralelo a una sola orilla, por encima de un recodo. El tren pasa en aquel momento, aéreo, sobre la frente del burgo y desaparece detrás de una mampara de techos puntiagudos y de copas de árboles en las cuales se deshila su penacho de humo blanco.

Nos acercamos a Viena. Me quedo contemplando con ese vago pesar de interrumpir el descanso iniciado hace apenas algunos días. El Danubio está delineado por diques bajos. A la derecha, amplios terrenos: vergeles, campiñas, bosquecillos. Cabañas de madera, algunas sobre ruedas, a cada cien metros. Un pasadizo, de una sola plancha, conduce al bote atado. Cañas de pescar, redes, ropas colgadas. Algunos canteros de flores y legumbres en torno de las cabañas que abrigan las familias vienesas que pueden veranear o, por lo menos, evadirse desde el sábado de tarde hasta la madrugada del lunes. Refugio de los ciudadanos en la naturaleza. Siluetas en shorts o casi desnudas. Cada cabaña tiene su color—y su paz soledad. Nidos de recogimiento, de olvido, de renovación. Cuando pasa el barco, los bañistas aparecen, por decenas, detrás del declive de la orilla. Su saludo es alegre, cordial. Cuerpos elásticos, brunidos o rosados. Voluntades que, después de su labor meticulosa, mecánica o cerebral, y sus luchas a menudo trágicas en el hormiguero de hierro y asfalto, se fortalecen en el juego del agua, del aire, del sol. En las playas del viejo lecho (el barco avanza ahora por un canal del río) se hallan centenares y centenares de ciudadanos. A millares se muestran en los campos de deportes, en las praderas y florestas. Son innumerables, en un desbordamiento de bienestar, de juventud y libertad.

Naturheilkunde. Esta palabra, que tanto me la repitió el médico de Varna, vuelve a mi mente como un grito de alegría. La curación por medios naturales. Es una verdad instintiva, pero aplicada metódicamente en este país (¡Viena es un país!: la pequeña Austria parece ser su «tierra adentro»!) tan duramente puesto a prueba en los años de postguerra y que se organiza sobre otras bases contra el hambre, las epidemias, la pérdida de tantos territorios... Las riquezas forjadas por, millones de trabajadores comienzan a ser utilizadas por colectividades enteras: cada individuo tiene que recibir su parte. Viena no estaba, en aquellos años, completamente socializada según el catecismo marxista. Pero tampoco acepta ser centralizada y subyugada por leyes radicales, como en la U.R.S.S. Prefiere la ruta más lenta, pero más ancha, de las reformas progresivas. Las experiencias sociales, en esta capital, tienen el soporte de una civilización avanzada, la maleabilidad de una cultura antigua.

¡Vuelta a la Naturaleza! Divisa que no niega, empero, las realidades de las ciudades, sino que quiere equilibrar-

las. Los vieneses han vuelto a la luz solar, al aire libre, a las aguas purificadoras. En cualquier ocasión se evaden hacia las montañas y bosques, las campiñas y lagunas. Los veo ahora en su desnudez—el cuerpo humano comienza a despojarse del falso pudor de la moda (o de la moral)—y sus campamentos se estremecen de tantos gritos y gestos dirigidos a los viajeros del barco.

Recuerdo que dos años atrás, una tarde tórrida de domingo, al atravesar el puente próximo al aeródromo de Aspern, las orillas, las playas, los campos, todos los terrenos baldíos estaban llenos de vieneses: un éxodo de la capital hacia las ondas refrescantes. Desde su entrada hasta más allá de su salida, el Danubio ha sido invadido por bañistas. Familias enteras se han instalado sobre dos o tres metros cuadrados de arena; bandas de adolescentes corrían entre los afortunados tendidos bajo toldos o parasoles, buscando un lugarcito para su fútbol. Al anochecer, el regreso fué dirigido por la policía, movilizada casi toda. En filas kilométricas, el pueblo avanzaba por las escaleras estrechas que llevan desde los muelles hasta el puente. Muchos pernoctaron en las playas, pues largas colas esperaban todavía abajo, a media noche. Los diarios de la mañana publicaban las primeras cifras: seiscientos mil personas, más o menos, sólo en las orillas del Danubio; una docena de ahogados identificados; pero no se sabía cuantos han desaparecido, arrastrados por las olas: sus ropas quedaron abandonadas, pisoteadas en la arena o debajo de una zarza, entre los restos de un fantástico festín... ¿Y cuántos partieron más lejos, hacia Baden, Semmerling, Grinzi, Rax, Wachau? Los que no alcanzaron las decenas de trenes especiales, estaban contentos de dar un paseo hasta el bosque de Hütteldorf o los vergeles de Klosterneuburg. En cuanto o los automovilistas, se han evadido hacia el Tirol...

Viena me ofrece, de este modo, uno de los aspectos de la vida colectiva en vía de transformación. Mientras a la derecha del río carteles y banderas con la misma palabra: «Naturheilkunde», aparecen en los terrenos de educación física (y los hombres están allí muchísimos, para evidenciar la práctica de esa higiene social e individual)—en la orilla izquierda la industria y el tráfico desarrollan su geometría rigurosa: silos de granos, tanques de nafta, usinas y depósitos. Y detrás, surgen los altos pisos de viviendas, los tejados y cúpulas de construcciones monumentales. La capital, en su estilo característico, es vieja y nueva a la vez, graciosa y cómoda, disciplinada y acogedora...

DESDE EL PRATER HASTA EL PARQUE DE LA CIUDAD

El muelle del Prater. Desembarco, sin prisa, sin el atropello, el cansancio y las manchas fuliginosas en las estaciones del ferrocarril. Un pequeño jardín con margaritas, con esculturas bajas, cubiertas de musgo, nos recibe ante la aduana donde la visación del pasaporte es rápida, y también el controlador de la valija: formalidades inútiles ya, en este centro verdaderamente internacional. Cuando salgo a la plazuela oval, el título de mi revista: «Umanitarismus», me aparece, inverosímil, en medio de la multitud que se dispersa. Sí, un señor eleva la revista, como una señal. Y cuando le aprieto la mano, nos reímos todos: Felix Frankl, su esposa y yo, de esta extraña manera de reconocerse.

—Este estandarte de su lucha—me dijo Frankl enseñándome la revista—es preferible a los «signos particulares» de los fabricantes de fichas antropométricas.

Felix Frankl, presidente de la asociación «Allgemeine Nährpflicht», que se empeña en difundir las ideas de Popper-Lynkeus (1), es uno de esos intelectuales idealistas que saben perseverar, siempre atentos a toda llamada nueva, aunque estén cargados de obligaciones personales y de trabajo absorbente en una empresa técnica o comercial. Estábamos dispuestos a abordar las primeras cuestiones que son como puentes de unión entre los espíritus libres de todas partes. Pero el agente de tránsito vigila: las valijas ya están en el taxi y el chófer tiene que dejar lugar para el siguiente. Concertamos cita dentro de dos horas...

Y, por la sexta o séptima vez penetro en esta Viena, que me aparecía bajo otros aspectos en cada viaje, de un barrio a otro, porque también el motivo del viaje era distinto cada vez y porque el momento social se evidenciaba allí con sus altibajos, como los gráficos en una hoja sensible. Ya no está la «Capital en agonía» que conocí en 1921, demacrada por inanición, casi paralizada después de la amputación de la monarquía austro-húngara (1). En aquel entonces, Austria era como «un cadáver en medio de Europa» y los vencedores mismos, que la dejaron en este lamentable estado, se vieron obligados a ayudar un país despojado bruscamente de sus graneros, sus minas de carbón, sus bosques, de su salida al mar y de esas vastas reservas de «material humano» que constituían la vitalidad y la opulencia de Viena, antes de la guerra.

Ahora, la capital es un centro donde se entrecruzan las rutas europeas, una república del arte, de la ciencia y del turismo. «La feria de muestras» con sus exposiciones sintéticas, montadas en las antiguas cuadras imperiales, entre los museos de María Teresa, es un signo de renovación—lo mismo que el Hofburg, invadido por decenas de oficinas de las Ligas pacifistas, de la Unión paneuropea, de las asociaciones profesionales y culturales, de las agencias comerciales—, lo mismo que el Rathaus, el ajuntamiento donde los socialistas se han instalado como en una ciudadela aireada e iluminada.

Esta vez, el centro no me atrae. Me propongo investigar los aspectos periféricos, que tienen bastantes terrenos baldíos para reformas y «experiencias sociales». Sin embargo, dije al chófer me condujera al mismo hotel en las proximidades de Graben. La gigantesca rueda del Prater se me apareció, por encima de las hileras de árboles, en el vasto parque popular, con sus vagones colgantes. Cuando pasé cerca de la columna traspasada por botes superpuestos, del almirante Tegethof, tuve la impresión de que también este testimonio histórico se ha convertido en una «curiosidad» para la multitud que gusta de los juegos infantiles. La oriflama azul, en la cúspide de Dianabad, en el muelle de un canal del Danubio, me

(1) He expuesto la concepción de J. Popper-Lynkeus en un folleto: «El humanitarismo y el servicio general por la Alimentación», Viena 1931, y en el libro de ensayos: «El espíritu activo», Bucarest, 1940. Versión castellana en «Cénit», núm. 11, 1951. Felix Frankl, después de vivir los horrores de la ocupación nazista en Austria, falleció en 1953, en Nueva York.

hizo recordar la exuberancia juvenil de las playas y los prados contemplados, poco antes, desde la cubierta del barco. Una calle dorada y cristalina: Rotenturmstrasse. El domo San Esteban surge de repente, ennegrecido por los siglos, macizo y, sin embargo, esbelto con su campanario lanzado como una flecha en el cielo, con su afinada filigrana de piedra, corroida por las intemperies. Un recodo y luego, dando una vuelta más, el coche se detiene detrás de la iglesia San Pedro, que oculta el antiguo hotel de pisos ahumados, pero cuya planta baja luce todavía sus lozas coloreadas.

Desde la ventana de mi habitación contemplo nuevamente, debajo del campanario, el nicho del apóstol Pedro. Está atiborrado de palomas; algunas se pasean a lo largo de la cornisa, otras aletean en torno a los florones, y cuando algún vecino arroja a la calle un puñado de migajas o de granos se abalanzan todas, en bandadas. Idilio rústico, entre las fachadas pintarrajeadas de los negocios que cercan la iglesia, en el alboroto del tráfico y de las tentaciones. No más de diez pasos, frente al bajo-relieve místico-heroico en el muro de la iglesia, están los grandes carteles de las estrellas del «varieté». Desnudos los muslos, pero con sombrero de copà, ellas parecen inclinarse en irónicas reverencias ante los santos y reyes medievales. «*Nachtfalter*»—la mariposa de noche—el nombre fluorescente del bar, en la esquina, ya está encendido, con todos sus reflejos multicolores. El instante y la eternidad, la voluptuosidad y la fe están juntos, en una tolerancia recíproca que no es, sin embargo, promiscuidad y abyección. La anciana que penetra en la iglesia, llevando bajo el brazo la bolsa de compras, parece de otro siglo, de otro mundo que las dos muchachas saltarines que desaparecen en el «túnel» del bar. Los imponderables morales mantienen sus estratos aisladores en el remolino de las ideas y sensaciones, de las creencias y los intereses.

Pero tengo una cita. Ya es la hora. Cuando paso por la calle Tuchlauben, me detiene por un instante, en la esquina, un pequeño estanque y su estatua: un artesano de bronce corta sobre sus rodillas un rollo de paño, recordando en esta época de la fabricación standardizada el trabajo meticuloso, honesto, en los oscuros talleres medievales. Cruzo una plaza cerca de la catedral San Esteban, entre los virajes de los automóviles, penetro en callejuelas con almacenes y tiendas que derraman en la vereda sus mercaderías, para llegar en el Ring, triple avenida circular, fastuosamente animada, y entrar en el Parque de la Ciudad.

HIPNOSIS MUSICAL.—POLITICA Y ARTE

Felix Frankl ya está allí, sentado en una de las «sillas de alquiler» alineadas frente al prado florido. En su medio, el pabellón de música. A la izquierda, en el cuadro ovalado de mármol sobre el cual se entrelazan las rosas y las musas cinceladas, brilla la estatua dorada de Johann Strauss. Parece que dirige, él también, la orquesta instalada en el pabellón rodeado por oyentes, inmóviles como en una hipnosis. Hasta los senderos laterales están atestados de gente: todos quieren acercarse, escuchar siquiera algunos acordes. Es la música vienesa, que resiste bajo la avalancha de las melodías neuróticas, de los acrobatismos estridentes, del barullo y la cacofonía insoportables de los *snoobs* y de los primitivos que se creen elegantes en su chaqueta. Para muchos, la m-

sica es todavía una canción del alma, un mundo de ensueños, un vals, un lied... Cuando la orquesta inicia un fragmento de la Novena Sinfonía, los últimos paseantes se detienen, y hasta los niños. Recogimiento, como una plegaria espontánea en el templo abierto de la Naturaleza. Al anochecer, la resonancia es más amplia, más penetrante. Las sombras se desprenden de los árboles y parecen mezclarse con las almas humanas.

—Algunos de estos oyentes—dijo Frankl—ahorran la comida para poder comprar una entrada al concierto. El idealismo palpita en estos anónimos para quienes la vida es, muy a menudo, miseria y pena. Los tremendos años de postguerra han templado las almas. Muchos fueron arrastrados en el torbellino del arribismo y del libertinaje: éstos desaparecen uno tras otro en la despiadada crisis económica. Las riquezas de unos pocos se funden en la penuria general, porque el trabajo—que tantos buscan ahora en vano—ha llegado a ser, más que nunca, el único criterio del derecho de vivir. El «mínimo de existencia», cuya solución ha sido formulada por Popper-Lynkeus, es una consigna salvadora, que se impone por encima de todas las clases, de todas las doctrinas social-políticas.

—En verdad—contesté—el arte y, entre sus formas, la música, la más accesible a la multitud, es para muchos un refugio, un consuelo en estos tiempos de trastorno. Es una válvula de escape para tanto descontento y tantos odios sociales. La música puede expresar el himno supremo de la armonía: entre el hombre y la naturaleza, entre el hombre y sus semejantes, entre el hombre y él mismo... No creo, sin embargo, que ella debe ser trivializada, extendida hasta aquellas manifestaciones gigantescas, asombrosas por su organización técnica, como fueron, hace algunos años, las fiestas para el centenario de Schubert. Millares de orquestas, de charangas, de coros y fanfarrias, de asociaciones musicales llegadas entonces a Viena de todos los rincones de la *Kultur* y de la expansión alemanas, han constituido el formidable cortelo etnográfico y alegórico (¡un cuarto millón de personas!) cuyo desfile duró diez horas por el Ring. Todo ese aparato escénico, bien arreglado, puso de manifiesto la vitalidad, yo diría aún: la voracidad de una «raza» que, no obstante, es un amalgamo de pueblos y naciones. Sabemos como ha sido falsificado y explotado el sentido de esta conmemoración. Como en todas partes, los políticos pescaron, aquí también, en esas aguas revueltas. La música ha sido un pretexto para las artimañas de los nazistas, que proclamaron entonces, simbólicamente, el Anschluss. La «unión» de Austria, es decir, la ocupación por Alemania, era de todo modo una cuestión de fuerza... Cuando he visto el inmenso galpón levantado en el prado del Prater, sobre la estrada inclinada que ha soportado el peso de treinta o cuarenta mil personas—un fantástico conglomerado de orquestas y coros dirigidos por un hombrecillo encaramado en un púlpito a diez metros por encima de la masa de oyentes (¿cuántos fueron? ¿ochenta mil, cien mil?)—me he dado cuenta que se consagró entonces la época de ese colectivismo que exige no solamente el derecho a los bienes materiales de la civilización, sino que invade como las olas

(1) Descrita en mis «Peregrinaciones», un libro consagrado a Austria y Alemania, Bucarest, 1921.

del océano, algunos ya lo dijeron: como rebaños irresistibles, los templos del Arte. Acaso, ¿representaban un triunfo del arte esos huracanes de ruidos domesticados, esos rugidos que retumbaban como las cascadas del Niágara o como las erupciones volcánicas? Los que creen que el arte está sólo al alcance de las individualidades creadoras, y hasta su privilegio, se callaron en aquellos días. Algunos huyeron de Viena, como si fuera sitiada y saqueada por hordas de bárbaros. Otros, grandes artistas, consagrados por el entusiasmo o el fervor popular, tuvieron la audacia de manifestar, en nombre del arte puro, su protesta contra el «gregarismo». Pero esto es un problema supra-social... Es espíritu, aunque anhela siempre la comunión humana y el universalismo, tiene el derecho de aislarse en sus refugios propicios al empeño de la creación. ¿Se puede rechazar y aún prohibir—según los fanáticos del arte—esas manifestaciones grandiosas que, no obstante, prueban que las multitudes, bien amaestradas, son capaces también de impulsos superiores a sus instintos?

—¡No! Es preferible una movilización bajo el aéreo estandarte de la música, que une por los lazos del amor y de la fraternidad, a esta movilización disfrazada bajo las banderas militares del Estado.

—Los clarividentes saben descubrir las tramas de la política, ocultas hasta en los cortejos puestos bajo la égida de las musas. Las funciones teatrales en las plazas públicas de las grandes ciudades, donde espectadores y actores se confunden en el vasto soplo de las pasiones colectivas, tienen, en el fondo, la misma significación: el acceso del pueblo al reino de los ideales estéticos. El resorte social-político de estas manifestaciones puede ser el imperativo socialista, que considera que debe realizarse, antes que todo, la revolución económica. Puede ser también esa democracia republicana con sus idolatrías todavía nacionales... El arte, empero, que no conoce fórmulas y fronteras, sirve solamente su propia necesidad: la de la creación libre. Y, pese a todo, el arte ofrece a las multitudes las ilusiones de la belleza, las exaltaciones vivificantes del milagro artístico. Eso es mucho, muchísimo, en esta época del materialismo tiránico. El colectivismo, que me mostró en Viena dos ejemplos máximos: deportivo el uno, musical el otro, contribuye a la regeneración física y moral, y también hace arraigar el arte en las almas y las conciencias populares, a quienes recién ahora les están abiertos generosamente los museos, las bibliotecas, los teatros. ¿Podemos, acaso, prever que transformaciones traerán estas profundas difusiones, de la cultura y la civilización? De todo modo, el hombre del mañana será más cercano a nuestro ideal de humanidad, que quiere armonizar el arte y la vida, equilibrar la creación libre con las fatalidades de la existencia.

LAS APARENCIAS DE LA CIVILIZACION LAS REALIDADES DE LOS GRANDES SOLITARIOS

En la terraza del restaurante del Parque. Profusión de luces y, sobre cada mesa colocada a lo largo de la baranda, una pantalla de varios colores. Atmósfera de salón familiar. Cubiertos de plata. Los mozos, correctos, adiestrados. Su jefe—el Ober—que me presenta la lista de bebidas (una plaqueta encuadrada y adornada con viñetas) se queda perplejo cuando sólo le pido un vaso de agua.

—Quien viene de otros países, se da cuenta de que el

agua de Viena es un verdadero champañ—le digo a manera de consuelo.

Fero más asombrado es el jefe de los mozos cuando del largo y complicado menú escojo sólo un plato de legumbres surtidas.

—¿Sigue usted una dieta?

—¡No! Pero estoy convencido de que el vegetarianismo corresponde más al estado natural de los hombres.

El buen hombre se aleja con una mueca, medio indignado, medio compasivo. Como un comandante, muy experto en los gustos y aromas culinarios, dirige la mirada en torno suyo, por encima de la terraza. Por suerte, esos consumidores elegantes no son tan melindrosos, y tampoco tienen mis principios alimenticios. Por el contrario, se apresuran a elegir lo que le parece más sabroso y más refinado. Las podredumbres más caras, servidas con salsas químicas. Algunas señoras, que centellean de tantas sortijas y diamantes, manejan un cuchillo especial para vaciar las ostras; ese señor barrigón, apoplético, se atraca con el tercer plato de carne; y un joven engominado, demacrado, engulle algo diáfano, que parece preparado sólo con colores y aire... Cuento a Frankl y a su esposa sobre los vegetarianos de Bulgaria. Evoco su cena apostólica bajo la vigilia de un Tolstoi descalzo, llevando la blusa de mujik, en un cuadro colgado en el restaurante de la Cooperativa de Sofía:

—Aquí estamos en plena civilización, como en un invernadero repleto de olores enfermizos.

—Entre las apariencias de la civilización, rectifica Frankl. Para la mayoría de estos siervos elegantes del dinero, para estos apasionados del lujo, la música es algo suplementario.

—Un suplemento comestible, incluido en los precios salados del menú. Pero los otros, reunidos allí, alrededor del pabellón de la orquesta, ellos, son verdaderos idealistas. Se olvidaron de comer, o han renunciado por esta noche... Están correctamente vestidos, y limpios. Sus figuras inteligentes tienen rasgos más finos que los de estos especulantes que se dan aires de aficionados al arte, que los de estas mujeres ataviadas como maniqués y cazando, muchas entre ellas, con las miradas, su presa, su macho para esta noche...

Y nuevamente ha sentido esos tabiques de la desigualdad social, esas zanjias profundas que separan a los hombres sometidos, no obstante, al mismo destino elemental.

—En este parque—dije a mis convidados—desde esta terraza iluminada hasta los senderos casi oscuros, desde estas pequeñas piezas separadas para divertimientos íntimos, hasta los bosquetes con bancos de piedra, veo nuevamente los estratos superpuestos de la humanidad, a los que tantos reformadores se empeñan en desprenderlos y nivelarlos. Pero estos estratos están fuertemente soldados, se absorben los unos a los otros. El duro trabajo de los de abajo se convierte, a través de excesivas transformaciones, en el lujo arrogante o en la lujuria voraz de los de arriba... Pero no han desaparecido todos los fieles del ensueño, los servidores del espíritu, los forjadores de la idea. Ellos mantienen entre los estratos sociales esos efluvios puros que no dejan perecer el afán por el bien, el anhelo hacia lo bello, la sed de verdad. Los encontramos en todas partes: en los tugurios de la miseria y en los salones dorados. El poeta y el filósofo, el músico y el sabio llevan en sus ojos la chispa que caracteriza a los visionarios. Bajo su frente palpitan los impulsos creado-

EL HOMBRE Y SU MUNDO DEL FUTURO



EL hombre, persona no es solamente un mamífero, rumiante que ataca, somete, esclaviza a sus congéneres del mismo reino y termina por devorarlos. Si en rigor no escapa a la escala zoológica y se comporta como cuadrúmano cuando está desprovisto de elementales facultades por carencia de desarrollo intelectual, está en la obligación de superarse, elevándose al nivel de la cultura acorde con el medio en que vive.

No es un animal que se nutre, crece, se reproduce y muere. La condición de hombre le impone el deber de escalar todas las ramas del conocimiento o, por lo menos, intentarlo. Comer y trabajar es una ley impuesta por la naturaleza. El movimiento para lograr sus medios de alimentación, es común a todas las especies vivientes. Cada una de ellas se nutre de agentes que arranca del suelo, cuerpo prolífero de riqueza inagotable, ubérrimo, pronto siempre al suministro de los elementos indispensables para la existencia.

La naturaleza pone a disposición de cada individuo los agentes necesarios para su perpetuación. Pero exige activi-

res que multiplican y embellezan las creaciones de la naturaleza. Son demiurgos que pertenecen a las muchedumbres. Pues los otros, que se rebajaron para servir a los amos temporarios, se han aniquilado a sí mismos: han traicionado su misión de precursores, de clarividentes. No nos infunde ningún temor ese «asalto de la plebe» hacia los templos del arte, hacia las aulas de la ciencia, hacia los estadios olímpicos. ¡Bienestar para todos; arte y cultura para todos! Pero siempre surgirán, de estas masas humanas, individualidades que verán más allá del horizonte cotidiano. Héroes solitarios que lucharán para «quimeras», para «utopías» que se convertirán finalmente en realizaciones colectivas. Y, si a menudo su soledad es tan amarga, si gimen a veces bajo sus cargas, estos héroes de la humanidad encuentran su consuelo en el ejemplo trágico de sus antecesores. No dejan de amar a la multitud, al pueblo unitario de todos los hombres, por los cuales se sacrifican. Aun si la multitud los ignora o los persigue bajo las incitaciones de los demagogos y los tiranos. Pues la multitud es como el niño todavía ignorante, ingenio y caprichoso, en quien empiezan a brotar las esperanzas y las conquistas venideras...

Eugen RELGIS

dad, movimiento, poner a contribución esfuerzo físico para enfrentarse a las inclemencias y vencerlas. La ley de la lucha por la vida reclama que cada elemento ponga de su parte un mínimo de sí mismo. Escapar a este deber equivale a la muerte.

Si este denominativo es común a todos los seres vivientes, no puede el hombre, por su ascendiente histórico, retraerse a esta obligación. Dotado de facultades superiores por virtud de una cultura recibida en herencia a través de los siglos, debe hacerse eco de su misión como integrante superior con respecto a los demás componentes. Catalogarlo como conjunto orgánico alimentado por restos de carne muerta, ajeno a cuanto moralmente le rodea, es descenderlo de condición. Que existan casos en que la verdad no admita diferenciaciones esenciales, no justifica su existencia. Que abjure de sus principios fundamentales, como el de la libertad de acción e hipoteque los derechos inculcados por la naturaleza, en perjuicio de su manera de vivir, facilitando el desarrollo de sistemas de convivencia desacordes con la función solidaria para la que fué creado, significa una aberración, un relajamiento de la sensibilidad que le desciende al último plano social y le convierte en instrumento al servicio de esclavócratas, tiranos y dictadores en perjuicio de la comunidad. Si bien puede disponer de su vida a placer, ello está condicionado a un principio de moral humana. La vida no le fué otorgada de regalo, sino en función de utilizarla, de disfrutarla y emplearla al máximo rendimiento. Aun cuando argumente que él no la ha pedido ni se le ha solicitado conformidad para entrar en ella, ha de aceptarla por imperativo de la naturaleza y obedecerla con todo el peso de la única autoridad soportable.

El derecho de libre iniciativa implica una gran responsabilidad. Por principio, todos tenemos el derecho a ser libres y la obligación de conseguirlo. La libertad es uno de los predicados del individuo. Pero libertad no radica en el medio de conducirse a libre arbitrio, caprichosamente. Libertad no es libertinaje. En medio sano entre hombres cultos, la libertad responde al imperativo de conquistarla dentro de los campos político y económico, vale decir, con señalado fin social. Apartarse de aquí significa precipitarse en el terreno parricida adonde las dictaduras arrastraron a la marejada humana.

Ninguno tiene derecho a convertirse en ladrón y asesino porque así lo determinó su voluntad en uso de su propio albedrío. Nadie está asistido por ningún principio a someter a su fuero interno la libertad y voluntad de los demás.

La libertad tal como ha de entenderse significa que el hombre ha de romper las cadenas morales, políticas y económicas que lo atan a su pasado oscurantista. Impone la condición de luchar por emanciparse de tutelas ajenas, de procurar la manumisión de sus semejantes, de impulsar las corrientes del progreso.

A persona alguna asiste razón ni motivo para imponer su dictadura personal o colectiva sobre el más humilde de sus conciudadanos. La condición de cada individuo ha de medirse por su valor personal y no a capricho por sabio que se considere o como tal se le reconozca. De igual modo, ninguna persona que no se considere un esclavo puede aceptar imposiciones morales o políticas que conscientemente de buena voluntad no tolere. Todo dictador o tirano aplica el rigor de sus dictados sobre las espaldas de sus sometidos, pero no en su propia persona. A su modo, él hace uso de su libertad individual para coartarlas en sus conciudadanos. Ningún déspota aceptará buenamente que se le apliquen los mismos procedimientos que él administra a sus esclavos.

Los deberes del hombre van más allá de la conveniencia individual, que desaparecen cuando entran en contacto con la colectividad. Su existencia está íntimamente ligada al deber de comportarse como elemento producto de la civilización. Su función no es la de componente negativo, ajeno al contacto personal, sino de acción activa, en el juego de la dinámica económica y política de su ciudadela, pueblo o nación. No puede recluírse en su interior en tanto humea la calle, se caldea la sangre de sus habitantes, revienta en explosiones de ira la voz de la justicia. El movimiento social del que es componente, requiere su auxilio, reclama su presencia en el comicio de las reivindicaciones. Del mismo modo que toda obra—cualquiera sea su género, orden, forma o contenido—es el resultado de un esfuerzo centrifugo aplicado a su ejecución por determinismo de la voluntad creadora que ha de manifestarse en el objeto representado, el integrante de cada comunidad, como parte, al verse beneficiado con la misma, tiene el deber de identificarse con sus problemas, de tomar parte en sus deliberaciones, constituirse en célula viviente de toda inquietud.

Cada agrupación social es un cuerpo animado, que experimenta sensaciones y reacción al unísono de sentimientos emotivos. No es un río que se desliza bajo meandros sinuosos, aunque a veces lo aparente y su energía vital se convulsione aprisionada en su corazón. Tampoco es una masa informe como la denomina y maneja el totalitarismo por arte demagógico en uso y abuso de sentimientos adormecidos, o un campo de cultivo propicio al medro de las democracias modernas. Un pueblo en movimiento es una fuerza dinámica compuesta por elementos, seres, hombres de alcance, indeciso o definido, que saben lo que quieren y a dónde van, aun cuando el camino seguido no sea el verdadero. De ahí que esté en el individuo su participación decidida en todo acto que importe una manifestación de anhelos o inquietudes para hacerse responsable en la parte que a él concierne.

Nadie puede negarse al convivir con su medio—imperfecto en tanto comporte reunión de voluntades—para actuar

en su esfera de acción colectiva. Discutir los problemas comunes, fundirse en la misma sangre, moverse al calor de sus emociones, contemplarse en su propio rostro. Producto de contingente social cuyas vibraciones le infundieron contenido palpitante y un lugar preferente en la comunidad, ha de responder al mismo unísono en consonancia con su destino.

Misión y contenido de cada hombre son la de ubicarse en el terreno de ser libre y justo con sus semejantes. El campo es tan amplio y el problema en general tan diverso que cada componente humano puede aportar su contribución a esta obra de bienestar general. Un mínimo esfuerzo con una voluntad firme, inalterable al halago y galvanizada a la acción, nos hará felices a todos.

Nadie exige un sacrificio superior a sus posibilidades, pero reclama su presencia en el concierto social y su determinación de lucha. Nuestro ideal descansa en este convencimiento. Nuestra formación ideológica radica en la voluntad individual. Del mismo modo que un monumento, un puente, una ecuación matemática es el producto de un carácter aplicado a un autodisciplina intermitente espoleado por el deseo de vencer todos los obstáculos y presentarlos luego como ejemplo voluntario, sino en grado tal, todo hombre, ilustrado o no, puede alcanzar igual contenido en la esfera de actividad social.

Al margen de las inclemencias de la naturaleza, que en algunas partes del globo constituyen un azote para la vida del hombre, los preconceptos políticos, económicos y religiosos, en la actual desorganización del mundo humano, constituyen la más negra aberración que abiertamente conspira contra el individuo. Una política de clásico corte democrático, donde toma parte el hombre común, ciego y atormentado por demagogos de todo pelaje, le arrastran al insondable precipicio de la dictadura una vez encaramados en el poder. Un sistema económico trazado en clases de privilegiados y esclavos, que gira, comercia y negocia con ricos y pobres, hace nadar a unos en mares de grasa y a otros derrumba su esquelética figura. Una religión mercantilista, con dioses de acendrado espíritu criminal, inconvencionales al dolor en la vida y en la muerte, se abalanza sobre el hombre para modelar su mentalidad y succionarlo mejor. Un Estado capitalista, como todo Estado lo es, con sus ejércitos a sueldo, su policía, sus tribunales de negros, imponen sus propias leyes y aplican la máxima pena al irreverente, al hereje, al infractor, al individuo que se rebela a continuar siendo explotado y masacrado por unos y otros.

Frente a tal estado de cosas, donde la tierra, la vivienda, los objetos de vestir son propiedad del acaudalado, donde una división jurídica de clases se legaliza y legitima impunemente, inclinando la balanza siempre al lado del poderoso, arrastrando por los duros peldaños de la sociedad el crónico y miserando cuerpo de los desgraciados sin fortuna como espectáculo de dictadores luego arrojado a las fauces del populacho, la mentalidad del hombre normal se resuelve convulsiónada, renuncia y adjura hasta de su pasado histórico.

CAMPIO CARPIO



EL INFORME KRUTCHEV

LAS GRANDES PURGAS



FALTO del más leve atisbo de oposición, el partido degenera rápidamente, pasando a convertirse en un simple apéndice de los designios del dictador. La poca libertad de que podía disfrutarse en tiempos de Lenin ha desaparecido. Sindicatos y Soviets son totalmente regimentados como lo preconizaba Trotsky. La vieja guardia ha sido amordazada. Sus principales figuras eliminadas de la arena política, pacen en la más castradora ino-cuidad. La industria y la agricultura han sido finalmente estatificadas. Es la gloriosa época de los planes quinquenales, del endiosamiento a ultranza, de las desmedidas loas al stajanovismo y a las grandiosas realizaciones en la patria del socialismo.

«El proletariado de la U.R.S.S., decía S. Martel, guiado por el partido bolchevique, se asigna como tarea en el curso del segundo período quinquenal (1933-1937) edificar la sociedad sin clases». «Nuestro objetivo es la edificación de la sociedad sin clases, es decir, de un régimen en el que no habrá propiedad privada de los medios de producción, en el que no habrá ni explotadores ni explotados, ni clases en general, donde no habrá Estado...»

El período de transición, en este caso, tocaba a su fin. El ciclo de su duración había sido calculado en unos cuatro planes quinquenales. Ahora bien el último de estos planes que correspondería exactamente con el segundo económico, debería ver la aurora de la verdadera sociedad sin clases.

Entre los años 29 y 33, Stalin había reinado en despota absoluto. Es decir todo lo contrario del fundamento de dicha sociedad. Zinoviev, Kamenev y Bukarin, entre otros, vegetaban aniquilados. La oposición de derechas o izquierdas había sido aniquilada.

En el XVI Congreso del partido, celebrado en junio de 1930, la posición de Stalin está firmemente consolidada. Con un nuevo ingreso en bloque de afiliados queda asegurada su victoria. El partido cuenta ya con 1.260.874 afiliados y 711.609 candidatos. A partir de esta fecha la política de estatización agraria empieza una campaña que al final dará el saldo negativo 11.000.000 millones de nuevas víctimas, y sobre lo que más adelante volveremos.

En 1934, el rumor de que Kirov negociaba en vista de una reconciliación oficial de las diversas figuras o tendencias del régimen se hizo pública. La mano férrea del Estado se había hecho sentir en todos los dominios, obteniendo la total sumisión de todos los elementos de la sociedad.

La decantada «dictadura del proletariado» era ya un hecho en toda la acepción del sentido etimológico de la palabra, y del teórico que representaba. En estas condiciones el rumor no podía ofrecer la menor duda. Máxime cuando la sumisión de todos los elementos del partido había sido obtenida.

El XVII Congreso del partido se celebró en enero de 1934; 1.874.488 afiliados y 935.298 candidatos estaban representados. Zinoviev, Kamenev, Bukarin y otros, entonaron sus más incandescentes loas al flamante zar.

A fines de dicho año Bukarin, con una misión especial de Stalin, llegaba a París. El asesinato de Kirov se produce unos días después. Este hecho, sin importancia, aparente, parece ser que despertó las dudas del viejo teórico y, particularmente, de sus amigos que lo intentaron convencer de permanecer en la capital gala.

El mensaje de Stalin instándolo a retornar al país no era de los más tranquilizadores. Sin embargo, Bukarin, desdiciendo toda prudencia prepara su regreso de inmediato. Este sería el mayor error de toda su vida política. Un error que lo encaminaba frente al piquete de ejecución.

Era éste el epílogo de la nueva luna de miel que había hecho vibrar los líricos acentos del elogiado discípulo de Lenin. «Nosotros, había dicho con motivo de la reconciliación, pueblo de la U.R.S.S., somos el faro del Universo, la armadura de la humanidad futura... Nosotros no vivimos sobre el papel, en un manifiesto, en sueños depensadores o filosóficos... Nosotros somos la gloriosa vanguardia de los trabajadores que quieren transformar el mundo... Nosotros somos la fuerza triunfante que escribe la historia del mundo... En la primera fila del combate y de la acción, nosotros construimos, nosotros luchamos, nosotros sufrimos y nosotros triunfamos. Nuestra responsabilidad es inmensa.»

Tanto que el asesinato de un elemento, poco menos que desconocido, le iba a costar la vida. Y ello pese a saberse que el asesino de Kirov, había obrado a impulsos de un arrebató pasional. Era particularmente conocida la relación íntima existente entre Kirov y su secretaria particular, esposa de Nikolaiev su asesino.

El hecho de la pública reconciliación en el XVI Congreso fué un arma para Stalin. Mediante ella pudo justificar la tesis de que el asesinato de Kirov fué un acto premeditado y primer eslabón de una cadena de crímenes, cuya finalidad era la de sabotear los fundamentos y obra de la patria socialista, como medio de destruir el Estado soviético.

En igual sentido el panegírico de Zinoviev a Kirov no era más que una maniobra diversionista, destinado a des-

viar las sospechas. No obstante, Zinoviev detenido, no fué condenado que a cinco años, imputándosele solamente el haber sido instigador del asesinato de Kirov. Enviado a Verkhnie-Oural'sk se le hizo objeto de los peores tratos. El calvario del ex presidente del Komintern empezaba.

En la primavera de 1936 fué transferido a la Loubianka, para ser juzgado de nuevo por el mismo asunto. Los cargos se habían acumulado contra él de tal forma que su causa podía considerarse perdida. El despojo físico que las autoridades soviéticas devolvían no podía representar otra cosa que el papel de la burda marioneta que el mundo pudo ver asistía a la trágica comedia de su ignominia.

Junto a él la llamada «oposición de izquierdas», Kame-nev, Bakoev, Evdokimov, Pikel, I. Smirnov, Mratchkovski, Ter-Vagainan, Reingold entre otros, eran inculcados. En el capítulo de cargos se le añadían el de tentativa de asesinato de Stalin y otras personalidades. La «oposición de derechas», y con ella Bukarin, eran declarados inocentes.

A raíz del proceso, Karl Radek afirmaba en un artículo: «Este tribunal de proletarios pronunciará contra esta banda de asesinos la sentencia que han merecido cien veces». Y Piatakof, antiguo amigo de Trotsky, concluía: «Estos asesinos y traidores despreciables deben ser destruidos sin piedad». No se perseguía otra cosa.

No obstante, en enero de 1937, ellos debían acusarse de tantos o más crímenes. Radek, que fué su verdadero fiscal, duplicó en su autoacusación la elocuente requisitoria de Vichinsky. Condenado a muerte su pena fué conmutada a diez años, sin que haya vuelto a saberse de su paradero.

Por primera vez en la historia de los procesos judiciales la opinión pública asombrada tuvo conocimiento del triste espectáculo de acusados estimulados en hacer resaltar sus crímenes. Y en ocasiones con una elocuencia bien superior a la del fiscal.

Las más destacadas figuras eran inculpadas de crímenes, sabotajes y hechos delictivos contra el sistema que, precisamente ellos, habían contribuido a edificar. Todo ello carecía de fundamento. Y de otra parte esta opinión pudo comprobar que algunas de las imputaciones hechas no eran sólo inverosímiles, sino totalmente falsas.

De todas formas, Zinoviev no había logrado más que sufrir el mismo destino que él reservó a ciertos delegados extranjeros al Komintern. O la que él y Kamenev, desde el Comité de Defensa de Leningrado, habían deparado a los revolucionarios de Cronstadt. El comandante de las fuerzas represivas en aquella ocasión, Tukhachevski, no tardaría en seguir la misma suerte.

El cieno y las calumnias reservadas por ellos a los revolucionarios que como en Ucrania y Cronstadt reivindicaban el derecho del pueblo a conducir sus destinos y los de la Revolución, así que al resto de las fuerzas no bolcheviques, se había abatido sobre ellos. Las mismas acusaciones que ellos habían deparado para el verdadero movimiento revolucionario, los llevó frente al piquete de ejecución.

Triste destino el de un régimen que no podía vivir más que nutriéndose de la sangre de sus propios hijos, que intentaba lavarse las manchas y consolidarse calumniando sus propios defensores. Como en la Revolución francesa, una vez vencida, el terror implantaba sus reales.

La oleada de fusilamientos que empieza en 1936 continúa haciendo furor en Rusia, sembrando el terror en los corazones más decididos. En marzo de 1938 se abre el proceso del jefe de la NKVD Yagoda, y Rikov, Bukarin, Kre-

tinsky, Rakovsky, Rosengolz, etc., etc. De los 27 bolcheviques que redactaron la Constitución de 1936, quince habían sido fusilados en 1938; once embajadores y Raskolnikov, que prefirió suicidarse en Suiza. El partido, el ejército y la NKVD quedan en cuadro. El número de fusilados durante estos tres años de todos órdenes y categorías, de la más alta a las más bajas, y de todas las profesiones, alcanzó millones. Aproximadamente una decena de millones de detenciones fueron practicadas. Por lo visto ésta era la forma de implantar la edificación de la sociedad comunista. Nadie se halló libre del terror.

Los motivos que impulsaron a Stalin a efectuar las purgas de 1956-37-38 han quedado un tanto oscuros. La lógica reacción de todo dictador de exterminar toda clase de oposición no es admisible más que a medias. Dueño del Poder y la situación, la oposición no significaba o debió significar para él, gran cosa. La más plausible explicación debe, quizás, buscarse por otra parte.

En el lapso de diez años la Rusia zarista había intervenido en dos guerras importantes: la rufo-japonesa de 1904-5, y la mundial de 1914, dando lugar a motines y revoluciones en el interior. La ascensión de Hitler al Poder y su política antisoviética hubo de ponerlo en guardia. Claro que esto no son más que divagaciones, pues en este caso se explica mal su furia de eliminar, a continuación, todos los cuadros del ejército, hecho que lo ponía en una posición delicada en caso de un conflicto armado.

Lo más plausible es que la oposición fuera sacrificada tratando de soslayar cualquier intento subversivo del partido y sus figuras representativas en el caso de un conflicto armado con la Alemania nazi. Y puede que, quizás, lo más probable, en previsión de extirpar toda clase de oposición a una alianza nazi-moscovita, que no tardó en realizarse. Lo valedero de esta tesis está justificada si se tiene en cuenta que la purga fué dirigida precisamente contra el partido y los elementos susceptibles de enfrentarse en esta decisión. En este caso solamente el desmembramiento del ejército estaría justificado en la misma hipótesis.

Los primeros elementos que forzosamente habían de llamar la atención eran, aparte de las altas jerarquías del partido, el Estado Mayor del Ejército. Alcanzado el primer objetivo tras el proceso de Sokolnikov, Piatakof y Radev, su saña se concentró sobre los segundos, operando como anteriormente con la ayuda de la Policía Política. Para terminar, finalmente, con ésta, como medio de desembarazarse de sus cómplices en la fechoría.

Habiendo sido condenados por un tribunal militar secreto presidido por Vorochilov, el 12 de junio de 1937, la máxima personalidad del Ejército Rojo caía bajo las balas del pelotón de ejecución en compañía de otros ocho generales. El general Gamarnik prefirió el suicidio al ludibrio de la detención.

La acusación de Tukachevsky, Iakir, Ker, Oubborevitch, Péimakov, Feldman, Eideman, Poutna, fué la que más llamó la atención del extranjero. El idolo de las juventudes soviéticas era acusado de «organizador de una organización militar fascista e intento de alianza con Hitler». La realidad, no obstante no podía ser ignorada del más crédulo.

El odio de Stalin hacia Tukachevsky estaba inspirado sin duda alguna, a más de lo reseñado más arriba, por los elogios cosechados por éste en 1920, con motivo de la invasión de Polonia, cuyo desastre fué imputado al primero. Lo que no está tan claro son los motivos que pudieran inducir

LA PLAGA DE LA MENDICACION



NADA está permitido hoy a los parias del brazo y del cerebro. Se pide libertad y son las cadenas las que se ofrecen; se pide igualdad y se recibe soberbia; se pide fraternidad y se obligan a separarse hasta a padres de los hijos; se pide bienestar social y económico y se reciben limosnas. Y no obstante eso, en nombre de todas esas palabras de libertad, igualdad, fraternidad, justicia y bienestar—clavadas en la punta de las bayonetas por los opresores del mundo—van los hombres a morir en las trincheras y se pretende hacer estallar el hidrógeno sobre la tierra, exterminando a las gentes, para sostener la mentira, el odio, la ignorancia y la esclavitud.

Esta triste realidad, la pretenden paliar, los más, con la mendicación que se ha convertido en plaga internacional. Y esto es posible porque los hombres, mirados en conjunto, no han aprendido todavía a valerse por sí mismos y todo lo esperan de los demás, basando sus acciones y dejando la solución de sus problemas a expensas de la más grande y obscena mentira: esa mímica mentira monumental que representa el brazo extendido en pos de todas las limosnas.

—¡Pedimos ésto, señor presidente!—se lamentan las masas, acosadas por el hambre más completa de todas las cosas. ¡Pedimos aquello, señores ministros! ¡Pedimos lo de más allá, señores parlamentarios! ¡Pedimos!... ¡Pedimos!...

Todo el planeta retumba con este clamor lacrimoso y cobarde. Nadie exige nada, excepto los gangsters de la propiedad legalizada y del Estado.

a Stalin para eliminar los 30.000 oficiales que siguieron la misma suerte de su jefe.

Es más que indudable que la labor de Stalin en este sentido no estaba encaminada a la guerra, ni aun siquiera defensiva. El pueblo aterrorizado, los servicios gubernamentales y el Ejército Rojo totalmente desorganizados, eran una táctica catastrófica, precisamente, cuando la Alemania nazi hacía pública ostentación de su fuerza, y en el momento en que su política agresiva no podía ofrecer la menor duda.

No, Stalin no se preparaba para la guerra. La mediocridad de la Armada rusa en la guerra contra Finlandia, 1939-40, lo evidencia sin lugar a dudas. Y, particularmente, el avance fulminante del ejército alemán en territorio ruso el 22 de junio de 1941. Su finalidad era muy otra. Pero sobre ello insistiremos más adelante.

Francisco OLAYA

No obstante, es inútil esperar de quien nada quiere ni puede darnos. Este punto es importante. Por el contrario, es preciso mantenerse con firmeza frente a la absurda realidad que nos agobia. Nuestro camino debe ser recto, aunque nos cueste enderezarlo. Y si bien no desconocemos la peligrosidad de los nuevos caminos, tampoco ignoramos los desfiladeros mortales, las selvas impenetrables, las horribles sinuosidades que presentan los caminos viejos, al paso de las humildes caravanas de los explotados y de los desposeídos. En la vida no se llega a ninguna meta, buena o mala, sin esfuerzo y sacrificio. Lo sabemos, y por eso nos asombra más la modorra colectiva que nos circunda.

Para tener derecho a nuestra individual existencia, hay que ser claros, fieles y conscientes con las fuerzas transformistas que avivan nuestra naturaleza humana. Y sobre todo, tratar de no engañarnos a nosotros mismos, ni mucho menos de aceptar las mentiras ajenas. Es hora ya de que el proletariado mundial se dé cuenta y reaccione frente a su misma morosidad y dejadez. ¿Para qué se ha hecho, sino, todo lo que se ha hecho? ¿Para qué se han sacrificado tantos hombres enteros, si a la hora de la verdad, cuando todo parece estar dispuesto y la ruta encontrada, quienes tienen la obligación de seguirla se tiran en el barro, como el burro tozudo y se empeñan en morir de inanición y miseria, antes que continuar adelante hasta conquistar la meta deseada?

Si todo lo niega el fantasma de los émulos de Atila, hombres libres y esforzados deben responder, con las ideas en el pecho, contra tanta iniquidad; hombres deben haber que levanten la voz sin miedo en medio de tanta temeridad y enarboles la bandera de la constancia responsable, frente a los que se pasan la vida soñando paraísos inalcanzables o justicias, mejoras y libertades que no merecerán, ni alcanzarán, jamás, cuantos por sí mismos no forjen los instrumentos necesarios para conquistarlas.

Es necesario dejar constancia de que las grandes centrales masivas de hoy, encuentran más cómodo extender el brazo rogando la limosna, que hacer merecimientos en pos de sus reivindicaciones. Salvo raras excepciones de grupos o agrupaciones conscientes, la mayoría no quiere, en el fondo, otra cosa que látigo y carga sobre sus escuálidas espaldas. Los trabajadores de hoy han vuelto al estado servil de sus antepasados, los parias, precisamente cuando el aire puro y revolucionario había azotado de lleno sus rostros sudorosos. La gran mistificación propiciada en su seno por los fascistas rojos, operó en gran parte las palancas de esta actitud cobarde y entreguista, pero, con todo, no basta eso para querer encontrarle, sólo

al enemigo declarado, las causas de tan canallesca actitud mendicante. Es preciso decir las cosas claras—por duras que sean y por mucho que nos duela decir las—y no mostrar temor por las inútiles reacciones de quienes, queriendo vejetar en el fango, se preocupan de mimificarse a golpes de rancios sermones, para hacernos creer que desean ser libres. Al obrero aborregado—sea manual o intelectual—es preciso decirle ahora, no sólo a lo que se expone con su actitud de esclavo consentido, sino que ya no puede engañar a nadie que piense en estos tiempos, con su lloriqueo. Los tiranos, los sátrapas, los explotadores del hombre por el hombre, no cesan en su lucha por el dominio del hombre y sus maravillas, pero a aquellos que pudiendo elevar sus brazos y apretar sus hombros y sus manos en abrazo fraternal con sus iguales, conscientemente no lo hacen, es preciso descartarlos de una vez, como enemigos, tanto o más enemigos que los canes al servicio de los amos de turno que ametrallan y amordazan a conciencia a cuantos se rebelan, en

estos tiempos de odio, contra este estado de cosas deleznable.

¿Qué restará—como ejemplo para las futuras generaciones—de toda esta indignidad colectiva? A las individualidades responsables corresponde dar respuesta a esta pregunta. En el campo de la ciencia, en el del arte, la literatura y sobre todo en el de la sociología revolucionaria, se encuentran los gérmenes de los organismos capaces de motorizar y acelerar, en lo posible, la marcha reivindicativa de toda la miseria humana actual. Sobran todas las posibilidades de la masa consentida y amarrada tras del carro del estado militarizado o de la política convertida en el negociado más ilícito de todos los tiempos. Tengamos fe en esos hombres que no cesan en sus afanes manumisores, aún a sabiendas de que todo puede reducirse a un simple «arar en el mar», como amargamente dijese al morir, Simón Bolívar.

COSME PAULES

MICROCULTURA

- 1.—El Danubio, importante río de Europa central, cruza las capitales de Viena (Austria), Budapest (Hungría) y Bucarest (Rumanía).
- 2.—Bolivia, que debe su nombre a Simón Bolívar, es una nación interior sudamericana que limita con Paraguay (otra nación sin mar), Perú, Brasil, Argentina y Chile.
- 3.—Se llama «arte románico» a la arquitectura de los países latinos del siglo V al XII, inspirada en el arte romano.
- 4.—La kola, es una planta africana, cuyo fruto sirve para extraer un alcaloide excitante del corazón y los músculos.
- 5.—El agua hirviendo en las grandes alturas puede beberse sin quemarse. Experimentado en las proximidades del Aconcagua y el Chimborazo.
- 6.—Laponia, la región más septentrional de Europa, se halla al norte de Rusia, Suecia y Noruega.
- 7.—Los frenos de aire para los trenes los inventó George Westinghouse. Ahora se usan también para autobuses y camiones.
- 8.—Se llama en geometría a un sólido limitado por 20 caras «icosaedro».
- 9.—Canopo es una estrella muy brillante del hemisferio austral, situado en la Constelación del Navio.
- 10.—Onomatopeya: imitación del sonido de una cosa en el vocablo que se forma para significarla (tin-tan para las campanas, ping-pong para el tenis de mesa, etc.).
- 11.—Las «lemurias» eran las fiestas nocturnas que se celebraban el mes de mayo en la antigua Roma.
- 12.—Escritura ideográfica es aquella en la que no se emplea ningún alfabeto, sino figuras o símbolos, como en el Japón es el chino.
- 13.—La rupia es una moneda que se emplea en Persia e Indostán.
- 14.—Según anunció el Dr. Froelich G. Rainey «en Tikal (Guatemala) se está restaurando el más hermoso monumento arquitectónico de la civilización indígena americana que será accesible al público».
- 15.—La llamada «esclavitud de los negros» fué abolida por Inglaterra, en Sierra Leona, el año 1928, siendo la rubia Albión el último país en hacerlo.
- 16.—Cuando un cuerpo exhala mal o buen olor se dice que «expira», pero cuando dicho cuerpo fenece se dice que «expira».
- 17.—Loïe Fuller, artista norteamericana (1862-1928), creó la «danza serpentina».
- 18.—El Estado más grande de los EE. UU. es Texas.
- 19.—Hace 70 años Venezuela tenía sólo 333.110 habitantes.
- 20.—En Santo Domingo (1516) se sembraron las primeras plantas bananeras de América.
- 21.—La máquina centrífuga fué inventada por el inglés Eliuh Thomson (1844-1937).
- 22.—El «chef d'œuvre» de Federico Urales es, sin duda, «La evolución de la filosofía en España», publicada en libro por primera vez en 1934. Pi y Margall, que debía prologarla antes de morir, escribió al autor: «Deseo dejar algo escrito sobre las ideas que ustedes defienden y que tantas simpatías me inspiran, antes de dejar este mundo, y la ocasión me parece oportuna».
- 23.—La plata se distingue en física por ser el mejor conductor del calor y de la electricidad.
- 24.—El célebre cuadro «L'Indiférente» fué pintado por Jean Catteau (1684-1721).

- 25.—La segunda isla del mundo por su extensión es Nueva Guinea (810.000 kilómetros cuadrados).
- 26.—En 1922 la imprenta E. Insa de Alcoy editó en un solo volumen «El dolor universal» de Sebastián Faure.
- 27.—Las mejores obras de Pi y Margall son: «Reacción y Revolución», «Las luchas de nuestros días» y «Reflexiones». Dichosos los que las poseen en sus bibliotecas.
- 28.—Desde mediados de 1956, hombres ranas y equipos submarinos, recuperan del fondo del estrecho de Gibraltar, cargamentos y cascos de buques sumergidos.
- 29.—Los «Moai» son gigantescos monumentos de piedra descubiertos, en número de 260, en la isla de Pascua (Chile).
- 30.—Se llama «petrarquistas» a los admiradores de Petrarca o a los imitadores de su estilo poético.
- 31.—La «Gramática de los Sentimientos» fué escrita por el sociólogo argentino Aníbal Ponce, muerto en 1938.
- 32.—Entre las islas de Fuerteventura y Lanzarote (Canarias), la sonda marina alcanza profundidades de más de 1.500 metros.
- 33.—La etimología de «rabo» viene del latín «rapum» que significa «nabo».
- 34.—La primera edición de las «Vidas paralelas» de Plutarco fué hecha por el editor Nicolás Jenson en Venecia (1478).
- 35.—La hembra-elefante de la India apenas si tiene colmillos, mientras que su hermana del Africa, los tiene tan desarrollados como el macho.
- 36.—James Rity, fabricó en Ohio la primera caja registradora, en el año 1879.
- 37.—La profundidad máxima en el Estrecho de Gibraltar (entre los cabos Espartel y Trafalgar) es de unos 400 metros.
- 38.—La altitud máxima de las islas Canarias (Cima del Teide) es de 3.710 metros.
- 39.—Las olas marinas formadas por los vientos alcanzan una altura de 17 metros, pero las que forman los maremotos suelen alcanzar hasta 33 metros.
- 40.—En 1951, Ansten Samuelstein, saltó con un esquí 105 metros.
- 41.—Los primitivos pobladores de las Canarias eran los «guanches».
- 42.—Entre Lanzarote y las costas más próximas de Africa, la profundidad máxima apenas alcanza los 140 metros.
- 43.—En 1826 el inglés Fitton inventó el «thaumatropio», precursor del cinematógrafo.
- 44.—El autor de «La muerte del cisne» fué el compositor francés Saint-Saens. Ana Pavlova hizo famosa esa danza.
- 45.—La leche condensada se usa desde 1853, cuando Gail Borden, norteamericano, inventó el proceso de su elaboración.
- 46.—Se llaman plantas «fanerógamas» aquellas cuyos órganos sexuales se distinguen a simple vista.
- 47.—Muchos siglos antes de nuestra vulgar era se usaba ya el azufre.
- 48.—La vitamina B tiene la función de convertir el calor potencial de los alimentos en energía.
- 49.—Se llama «talares» a los hábitos religiosos, porque «talar» es el vestido que llega a los talones.
- 50.—La ópera italiana «Norma» fué compuesta por Vincenzo Bellini (1802-1835).
- 51.—«Mabuya» era el dios del mal entre los primitivos habitantes de Cuba.
- 52.—La insulina se emplea para combatir la diabetes y la demencia precoz.
- 53.—Se llama «ras» en Etiopía a los príncipes.
- 54.—Moléculas «diatómicas» son las que están compuestas por dos átomos.
- 55.—La «reina de las Amazonas» en mitología es Hipólita, vencedora de Hércules.
- 56.—La primera dentición humana sólo consta de 20 piezas (dientes y muelas), que se caen a partir de los siete años.
- 57.—El primer vuelo de París a Nueva York sin escalas lo realizaron los franceses Dieudonné Coste y Maurice Bellonte, en 1930.
- 58.—En el siglo VI A.C., fundaron los griegos Marsella.
- 59.—La «chivata» es una especie de porra que usan los pastores en España.
- 60.—La isla de Alcatraz (bahía de San Francisco), en California, es una terrible penitenciaría que tiene el gobierno estadounidense.
- 61.—La «ionesfera» es una capa de aire que cubre la estratosfera y se halla (últimos cálculos) a 80.000 metros de altura.
- 62.—Antonio de Nebrija fué el autor de la primera «Gramática Castellana» (1444-1532).
- 63.—Juan Nicot introdujo en Francia la nociva planta del tabaco en 1560. Debido a su apellido se llama «nicotina» a la sustancia venenosa de dicho vegetal.
- 64.—Manhattan, la isla de los rascacielos neoyorkinos, tiene una superficie de 5.560 hectáreas.
- 65.—En Nueva Zelandia se desconocen por completo las ranas.
- 66.—El humo del tabaco no tiene nicotina. Las manchas amarillentas que observamos son alquitrán.
- 67.—El alfabeto del antiguo sánscrito constaba de catorce vocales, algunas de muy difícil pronunciación.
- 68.—Se llama «taxidermia» al modo de disecar a los animales muertos para su conservación.
- 69.—Antes de 1939 Thailandia se llamaba Siam.
- 70.—El Cauto es el río más grande de Cuba.
- 71.—Al vulgar dolor de cabeza los médicos lo llaman una «cefalgia».
- 72.—Los instrumentos «autófonos ruidosos» son los que tienen un sonido fijo, como los platillos, el bombo, etc.
- 73.—Tomás de Verlanga, un español, descubrió en 1535 la isla de los Galápagos, que actualmente pertenece al Ecuador.
- 74.—Pudía en mitología, personifica la virtud de la mujer.
- 75.—La industria del acero necesita una tonelada de carbón para producir una tonelada de acero.
- 76.—Hay cerca de 500 especies de picaflores en América solamente.
- 77.—Algunas de las cremas y lociones que se ponen las hijas de Eva en la cara para protegerse de las quemaduras solares, suelen producir una reacción química nefasta llamada por los hombres de ciencia la «fotodermatitis de contacto».
- 78.—El espárrago es un cultivo constante y puede producir durante unos veinte años.
- 79.—Las ondas provocadas por los terremotos y otros cataclismos, suministran a la ciencia información sobre el interior de la tierra.
- 80.—En 1955 los Estados Unidos produjeron alrededor de 18.000 aeroplanos.
- 81.—Los órganos eléctricos de la anguila eléctrica son el generador bioeléctrico más potente creado por la naturaleza.

- 82.—Existe un cerebro electrónico gigante para calcular las masas de los planetas.
- 83.—La secta religiosa de «Los Testigos de Jehová», rama del protestantismo, y antimilitaristas hasta el martirio (muchos perecieron por tal causa en Buchenwald), fué fundada por Charles Taze Rusell (1952-1916).
- 84.—La palabra «bobo» procede del latín «balbus», que significa «balbuciente».
- 85.—Se llamó a Hipócrates el «padre de la medicina». Este médico griego vivió de 460 a 377 (A.C.).
- 86.—El diamante más grande del mundo es el llamado «Excelsior», de Africa del Sur. Pesa 194,35 gramos.
- 87.—A la rama de la medicina que se ocupa del oído y de sus enfermedades se llama «otología».
- 88.—En Estados Unidos solamente hay un volcán activo: el monte Lassen, en California.
- 89.—La estatua de la Libertad de Nueva York se inauguró el 28 de octubre de 1886.
- 90.—El día 22 de marzo de 1935 se cambió el nombre de Persia por el de Irán.
- 91.—Publio Terencio, del cual se conservan seis obras, fué el autor cómico de los antiguos romanos.
- 92.—Antiguamente, después del descubrimiento de Cook y Tasman, Australia se llamaba «Nueva Holanda».
- 93.—Las mantillas no son de origen español, pues las primeras vinieron de Filipinas y China, aunque en Occidente fueron las mujeres españolas las primeras en usarlas.
- 94.—El descubrimiento de América le costó a las finanzas españolas un equivalente de 7.000 dólares actuales.
- 95.—El cabello rojo es hereditario, pero se ha comprobado que esta característica la transmiten siempre los hombres y nunca las mujeres.
- 96.—La «quiroteca» son los guantes, o prendas donde se guardan los dedos.
- 97.—Hay más de ocho millones de polacos fuera de Polonia, principalmente en EE. UU., Argentina y Brasil.
- 98.—A Catalina de Siena, martirizada en el 307 de la era vulgar, se la llama la patrona de los filósofos.
- 99.—Se llama «ceratomía» a la operación quirúrgica que se hace en la córnea del ojo, para extraer las cataratas.
- 100.—Con 180 criminales armados y 27 caballos logró «conquistar» el bandido Pizarro a los pacíficos incas peruanos.
- 101.—El alimento que tiene más hierro es la levadura (5 miligramos por cada cien gramos).
- 102.—El grupo de las Bermudas se compone de 360 islas, la mayor parte de las cuales son muy pequeñas.
- 103.—Los «vengas», indígenas de la Guinea española, son los nautas más hábiles de Africa.
- 105.—En EE. UU. hay 756 billetes de 10.000 dólares, pero no circulan entre el público.
- 106.—En el conflicto bélico entre Francia y Prusia (1870 y 1871), se usaron por primera vez las ametralladoras, para desgracia de esta humanidad estúpida que se mata a sí misma.
- 107.—Un quilate pesa 295 miligramos.
- 108.—El río Elba, el más importante que pasa por Checoslovaquia, es en gran parte navegable.
- 109.—Charles Clair, fué la primera persona que voló sola por encima del polo Norte, en mayo de 1951.
- 110.—Al ruido característico que produce el elefante se le llama «barritar».
- 111.—Anubis, dios egipcio representado con cabeza de chacal, era el que «cuidaba de los funerales».
- 112.—Se supone que el monarca Cambrusis, rey legendario de la antigua Alemania, inventó la cerveza. Pero no hay pruebas de ello.
- 113.—Al estado enfermizo de la mente, como horror al amor sexual, se le llama «erotofobia».
- 114.—«Zanguana»: es en América hispana la simulación de una enfermedad para no trabajar.

SUNO

Poetas de ayer y de hoy

LA LUTTE

La jeunesse se passe en douleur, en misère.
Dans les veines, le sang s'agite amèrement.
Le regard s'assombrit, la raison ne voit pas
Si c'est le bien, le mal qui vient à sa rencontre...
Des souvenirs pèsent sur l'âme, lourdement ;
La mémoire enragée les ranime sans cesse.
Dans le cœur nul amour, nul atome de foi,
Nul espoir de pouvoir réveiller un seul mort,
Un seul homme sensé, un seul homme valable !
Chez nous, les gens sensés passent pour des déments
Et l'imbécile, par chacun, est estimé :
« Il est riche », dit-on, mais qui donc lui demande
Combien d'êtres humains il a livrés aux flammes,
Combien de malheureux il a spoliés, volés,
Comment, devant l'autel, il a trompé son Dieu
Par prières, serments et mensonges fieffés.
Et ce bourreau du peuple est servi à genoux
Par le pape et l'Eglise et, devant lui, s'incline
Ce tuteur insensé, notre maître d'école,
Qui s'en va devisant philosophiquement
Avec le journaliste et tous deux reconnaissent
Que la crainte de Dieu est le commencement
De la sagesse... Arrêtons-nous, ceci fut dit
Par un Conseil de loups en toisons de brebis
Pour poser la première pierre du mensonge
Sanctifié, pour qu'à jamais l'esprit de l'homme
Soit lourdement rivé dans d'implacables chaînes.
Et le grand Salomon, ce tyran débauché,
Fangé, depuis longtemps, au fond du Paradis
Avec ses paraboles, parmi tous les saints,
A proclamé, pour des idiots, une ânerie
Que le monde répète jusqu'à aujourd'hui :
« Tu dois craindre ton dieu et vénérer ton roi. »
Sacro-sainte bêtise ! Des milliers d'années
Conscience et Raison t'ont combattue en vain,
Les combattants sont morts dans les pires supplices.
Ils ne pouvaient rien faire contre la misère.
Les hommes, habitués à supporter le joug,
N'ont pas cessé de révéler la tyrannie.
Si la main est de fer, humblement ils la baisent,
Si la parole ment, ils lui donnent leur foi.
« Tais-toi, sois patient, supplie quand on te bat,
Et si la bête sans pitié t'écorche vif,
Si les loups, les serpents s'abreuvent de ton sang,
Renonce au monde, en Dieu seul mets tout ton espoir :
Je t'implore, Seigneur, aie pitié, j'ai péché.
Et pliant les genoux, prie et crois fermement :
Le Dieu clément ne châtie bien que ceux qu'il aime.
Et ainsi va le monde ! Esclavage et mensonge
Sur la terre maudite ont fondé leur royaume.
De génération en génération
On se transmet leur héritage, jour et nuit.
Mais dans ce vil royaume où le crime est la loi,
Royaume de péché, de lâcheté, de larmes,
Royaume de douleurs, de malheur infini,
La lutte bouillante avance à pas rapides
Vers ses sommets et vers son dénouement sacré...
Nous crierons : « Du pain ou du plomb ! »

CRISTO BOTEV

Servicio de Librería de la C. N. T. de España en el Exilio

No vaciles en hacer uso de la ayuda que te brinda ese gran amigo del hombre: el libro. Es el guardador celoso de las ideas que nos legaron nuestros padres. El libro generosamente distribuye ese preciado tesoro llamado CULTURA.

INVITACION A LA LECTURA

OBRAS QUE PODEMOS SERVIR DE INMEDIATO

COLECCION «AUSTRAL», 200 francos volumen sencillo; 300 francos volumen doble (.)

ALTOLAGUIRRE. — «Antología de la poesía española».
BAROJA. — «Las inquietudes de Shandi Andia» (.); «Fantasías vascas», «El gran torbellino del mundo» (.); «Los amores tardíos», «Zalacain el aventurero», «La casa de Aizgorri», «Los últimos románticos», «Las tragedias grotescas», «Paradox Rey» (.); «Avinareta o la vida de un conspirador», «Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox» (.); «La obra de Pello Yarzán»; «Pilotos de altura» (.); «La estrella del capitán Chimista» (.).

Rómulo GALLEGOS. — «Doña Bárbara» (.); «Cantalaro» (.); «La rebelión».

GANIVET A. — «Cartas finlandesas».
Eduardo MARQUINA. — «En Flandes se ha puesto el sol».

A. PALACIO VALDES. — «La hermana San Sulpicio» (.); «Marta y María» (.); «Los majos de Cádiz»; «Riverrita» (.); «Maximina» (.); «La aldea perdida» (.).

RAMON Y CAJAL. — «Mi infancia y juventud» (.); «Charlas de café» (.); «El mundo visto a los ochenta años» (.); «Los tónicos de la voluntad» (.); «Cuentos de vacaciones» (.); «La psicología de los artistas».

Jacinto BENAVENTE. — «Los intereses creados»; «La Malquerida».

V. BLASCO IBANEZ. — «Cuentos Valencianos»; «Cañas y Barro» (.); «La condenada».

Julio CAMBA. — «La ciudad automática»; «Aventuras de una peseta»; «Playas, ciudades y montañas»; «La rana viajera».

CERVANTES. — «Don Quijote de la Mancha» (.); «Los trabajos de Persiles y Segismunda» (.).

CONCHA ESPINA. — «La niña de Luzmela», «La Rosa de los vientos» (.); «Altar mayor» (.); «La esfinge maragata» (.).

ESPINOSA AURELIO M. — «Cuentos populares de España» (.).

GOGOL N. V. — «Taras Bulba»; «Cuentos ucranianos».

R. MENENDEZ PIDAL. — «Flor nueva de romances viejos» (.); «Antología de prosistas españoles»; «La idea imperial de Carlos V»; «El Cid Campeador».

PEREDA J. M. de — «Don Gonzalo González de la Gonzalera» (.); «Peñas arriba» (.); «Sotilezas» (.); «El sabor de la tierra»; «De tal palo tal astilla» (.); «Pedro Sánchez» (.); «El buey suelto» (.).

ZWEIG STEFAN. — «Brasil» (.); «La curación por el espíritu» (.).

Ediciones «CENT».

«Ideario», por R. MELLA, 250 francos.

«El fascismo es la ideología del siglo veinte», por Pr. C. M. RAMA, 150 francos.

«La Grecia Libertaria», por Han RYNER, 60 francos.

«Marx y Bakunin», por Fritz BRUPBACHER, 200 francos.

«Crítica anarquista de la sociedad actual», por el Prof. J. OTTICIA, 50 francos.

«Biografía de Bakunin», por J. GUILLAUME, 50 frs.

En francés. **COLECCION «POURPRE», 320 francos volumen sencillo.**

Georges ARNAUD. — «Le salaire de la peur».

Pierre BENOIT. — «Koenismark».

Erskine CALDWELL. — «La route au tabac».

Alphonse DAUDET. — «Sapho».

André GIDE. — «Les caves du Vatican»; «L'Ecole des femmes»; «Les faux monneyeurs».

Maxime GORKI. — «Ma vie d'enfant».

Ernest HEMINGWAY. — «L'adieu aux armes»; «Pour qui sonne le glas» (.).

Rosmond LEHMANN. — «L'invitation à la valse».

HERVE BAZIN. — «La mort du petit cheval».

V. BLASCO IBANEZ. — «Les quatre cavaliers de l'Apocalipsis».

Anatole FRANCE. — «Histoire cémique»; «L'île des pingouins»; «Le lys rouge»; «Le Petit Pierre»; «Les sept femmes de Barbe Bleue»; «Le jardin d'Epicure»; «Les contes de Jacques Tournebroke».

Arthur KOESTLER. — «Spartakus»; «Le zéro et l'infini».

Octave MIRABEAU. — «Le jardin des supplices».

Jules ROMAINS. — «Le dieu des corps»; «Lucienne».

B. TRAVEN. — «Le trésor de Sierra Madre».

Emile ZOLA. — «La bête humaine», «Le rêve», «Une page d'amour»; «Thérèse Raquin».

Romain ROLLAND. — «Colas Breugnon».

John STEINBECK. — «Des souris et des hommes».

Kathleen WINSOR. — «Ambre».

COLECCION «VIDA Y PENSAMIENTO».

«Luis Vives», por A. LANGE, 400 francos.

«Voltaire», por Arturo LABRIOLA, 420 fr.

«Tacito», por Gaston BOISSER, 420 fr.

«Eacon», por Charles de REMUSAT, 420 fr.

«Proudhon» (su vida y correspondencia), por C. A. SAINTE-BEUVE, 420 fr.

«Condorcet», por Juan F. ROBINET, 625 fr.

«Malatesta» (su vida y su obra), por Luis FABRI, 600 francos.

«Schopenhauer», por Th. RIBOT, 420 fr.

«Oscar Wilde», por Thomas H. BELL, 600 fr.

«Descartes», por Alfredo Fouillée, 400 fr.

«Stuar Mill», por H. TAINÉ, 600 fr.

«Frobel», por G. PRUFER, 420 fr.

«Walt Whitman», por Luis FRANCO, 280 fr.

«Madame Stael», por Albert SOREL, 420 fr.

«J.-J. Rousseau», por Emile FAGUET, 600 fr.

«Atahualpa o la tragedia de Amerindia», por Neptali ZUNIGA, 600 francos.

«Mazzini», por Bolton KING, 525 fr.

«Danton», por Hilaire BELLOC, 420 fr.

«Averroes», por Ernesto RENAN, 525 fr.

COLECCION «RECONSTRUIR».

«Origen del socialismo moderno», por Horacio E. ROQUE, 150 francos.

«Ni víctimas ni verdugos», por Albert CAMUS, 100 fr.

«La voluntad de poder», por Rudolf ROCKER, 100 fr.

«Antes y después de Caseros», por SOUCHY, 150 fr.

«Georg Fr. Nicolai», por Eugen RELGIS, 100 fr.

«Reivindicación de la libertad», por G. ERNESTAN, 150 francos.

«Arte, Poesía, Anarquismo», por Herbert READ, 150 fr.

15 por ciento de descuento a las Federaciones Locales. Gastos de envío a cargo del comprador.

Para pedidos dirigirse a Valerio MAS — Servicio de Librería del Movimiento
4, rue de Belfort — TOULOUSE (Haute-Garonne)

GIROS: C.C.P. 1197-21 «CNT» (Hebdomadaire Espagnol) Toulouse (H.-G.)